



GRABADOS DE MARCIAL IBARRA, MEXICO.

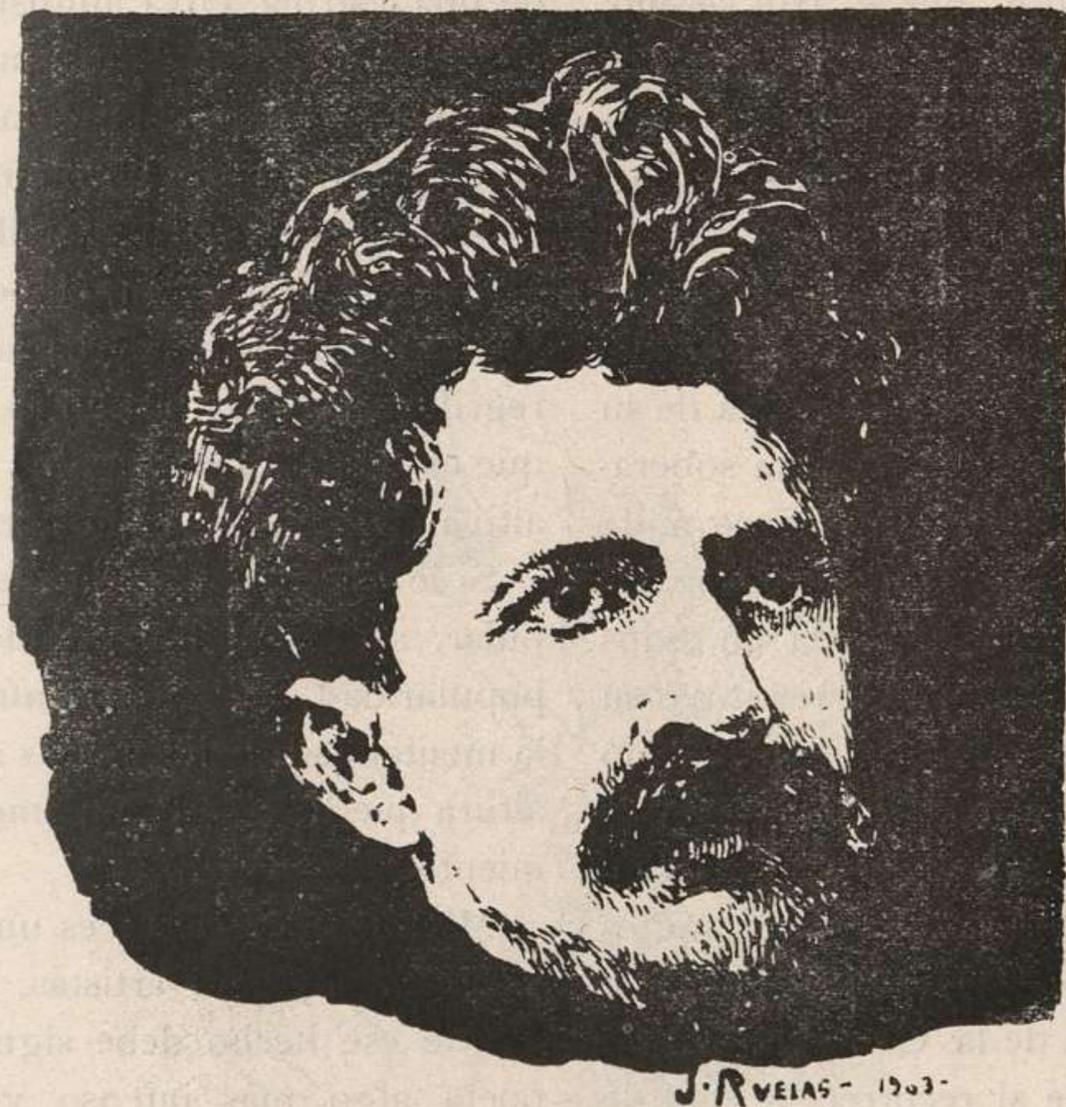
IMPRESO EN LOS TALLERES DE E. AGUIRRE, MEXICO.

CHAPULTEPEC. - OLEO DE LOHR.

JUNIO DE 1906.

REVISTA MODERNA DE MEXICO

DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA



SALVADOR DIAZ MIRON

Publica hoy «Revista Moderna,» la máscara dibujada por Ruelas del glorioso autor de «Lascas.» Como el pintor que hubiera querido alzar la figura del poeta en su propio medio, junto al mar que ha llenado su magna obra de vastas sonoridades, de cárdenas tormentas y de auri-

fluos plenilunios, recibiendo, de pie sobre la playa, y como un oceánico tributo, las perlas de más extraño oriente y todos los tesoros de los galeones sumergidos, así nosotros anheláramos rendir más cabal homenaje al gran poeta mexicano. . . .

Pero en esta sección, que debe ser breve

y sintética, no caben culminantes estatuas de Acrópolis. Como los antiguos, que sobre los muros mármóreos de sus templos aplicaban á título de ofrenda los rostros de bronce de sus dioses, así nosotros decoramos el recinto del arte con el ilustre friso de estas «Máscaras,» que son un ex-voto á la Belleza.

Evoquemos, pues, rápidamente, á nuestro pesar, los caracteres de la obra magnífica de Díaz Mirón; veamos pasar con admiración religiosa, por el azul sereno, el vuelo altísimo de sus estrofas, que parecen las victorias, las Nikés navales marmorizadas por Grecia, y que por un soberano prodigio hubieran echado á volar, en luminosa ascensión, hacia un Olimpo. Victorias animadas parecen las estrofas del poeta.—Arrancó á la de Samotracia de su base rostral, le reintegró su testa soberana y animó su ímpetu; á la Ateniese, á «la que desata su sandalia» y que tiene «la impaciencia del vuelo difundida en todos los pliegues de su túnica,» le restituyó su divina celeridad;— á la «Aptera» le donó sus alas perdidas y sonoras, y á todas, á la Megarensis, á la de Peonios, á la de Orcomenes, las suspendió redimidas y flotantes en el éter luminoso de su creación poética. La rememoración de la Grecia milagrosa se impone siempre al recorrer la obra de Díaz Mirón.

Así los gestos heroicos contenidos por grave armonía, se multiplican, y cree el lector transitar por una avenida de Olimpia ó de Corinto, decorada por las estatuas de los púgiles célebres y de los aurigas victoriosos. Así el énfasis de una frase hace pensar en las inscripciones lapidarias y un poema de sensual melancolía produce idéntica impresión que la Afrodita de Epidauros, velada por el himatión y con la frente llena de pensamientos. Así el «Boedromión» evoca imperiosamente las arengas de Tirteo en Lacedemonia y se an-

toja un resonante escudo de bronce, en cuyo umbo un poeta romano, siglos después, hubiera prendido un haz de rosas latinas.

Así en algunas de sus poesías se reproduce el fenómeno que hoy asombra á arqueólogos y estetas frente á la máscara de la Medusa Biadeli, cuya mármorea serenidad se crispa en un gesto trágico, merced á cierta iluminación interior. Idéntico prodigio en la forma harmoniosa y noble de una estrofa, cuya angustia revela sólo el recóndito fuego de una pasión.

Después de la publicación de «Lascas,» de ese maravilloso libro cuya perfección de forma no tiene en castellano ni precedente ni continuación, el poeta ha continuado por otros senderos su gloriosa peregrinación. Tal libro no es popular, porque es una obra de arte intransigente, de altiva aristocracia y de honda sabiduría.

Si le está reservado la suerte de ser popular, será en futuras edades, cuando la popularidad no sea una afrenta, cuando la mentalidad de las masas se eleve á una altura que hoy sería un imposible refinamiento.

Mientras, «Lascas» es un libro dilecto para sabios y para artistas, y la constancia de ese hecho debe significar para el poeta algo más intenso y valioso que las ovaciones delirantes que antaño estallaban al pie del *Rostum* en que él arengaba....

Hoy, la multitud, más desorientada que nunca en asuntos de Arte y de Belleza, está escogiendo extraños ídolos. Los triunfos irrisorios se multiplican. No tenemos ni la disculpa de la Roma de Heliogábalo, que por adorar al obscuro cono de piedra olvidó su Olimpo de númenes serenos y rientes. No podemos decaer, porque no hemos culminado. Un torpe afán gestatorio se prolonga en limbos que el optimismo, el afán, la esperanza en el Ideal,

creyó ver iluminadas por un sol ilusorio. Eso es todo.

Aquí, una frase del último libro de Paul Adam, sobre Hugo: «el más grande de los poetas franceses, si la palabra poeta no designa muy humildemente el título del rimador sentimental, sino la soberanía de

un demiurgo, volviendo á crear el universo en algunos aspectos suntuosos del total.»

Esos poetas, Dios Mirón entre ellos, deben hoy que frívolas manos tejen la corona de Dante para la cabeza de Falstaf, esos poetas, deben coronarse de silencio....

J. J. T.





En fuga

(De "Triunfos".)

Arrostrando, la ventisca,
 la noche oscura y arisca,
 huellas campo de labor,
 y andas en brega por gusto,
 menos contrita de susto
 que temeraria de amor.

Y oblicua en tenaz esfuerzo
 contra el impulso del ciervo,
 y en dos alas el pendil,
 mientes enorme lechuza
 que rasando el suelo cruza
 soledad negra y hostil.

Recóndita magia puebla
de fantasmas la tiniebla;
y por hórrida virtud,
el objeto más tranquilo
asume torvo sigilo
y formidable actitud.

Grave protesta palpita.
Solemnidad infinita
parece bajar de Dios.
Vuelves á un ruido la cara,
y ves una forma rara
que viene y amaga en pos.

Y haces la cruz, y con signo
tan milagroso y benigno
resguardas culpa soez;
y al punto doblas tu audacia,
y á percudir otra gracia
das voz á tu avilantez.

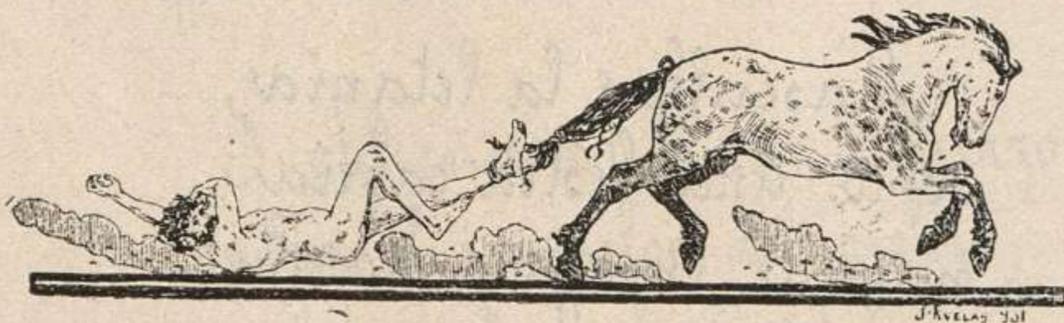
Mascullas la letanía,
como una bestia cabría
muerde inseguro rosal;
y en el rigor de un misterio
caminas al adulterio,
prendida en lumbre carnal!

Impero recapacito.
 La piedad en el delito
 augura la redención:
 es duelo, rubor, espanto,
 y con el flujo del llanto
 purga y limpia el corazón.

¿Qué mucho que á las preces
 recurras, cuando padeces
 pavora en tu frenesí?
 El barco perdido asoma
 un mástil, una maroma.....
 y el nauta se sube allí!

Salvador Díaz Mirón

Para la "Revista Moderna".





Henrik Ibsen. Dibujo de Angel Pons.



HENRIK IBSEN

1828-1906

Glorioso y longevo ha muerto el gran dramaturgo noruego Henrik Ibsen, dejando una obra marcada hasta en su magnitud con el sello del genio poderoso. Ibsen, en sus comienzos, á mediados del pasado siglo, cultivó el gran drama histórico, «Catilina,» «El Túmulo,» «Emperador y Galileo,» vasta y admirable theoria dialogada llegando á la serie moderna de piezas morales y sociales. Así «Brand,» es una afirmación de misticismo absoluto, y «Peer Gynt,» obra de transición, intenta expresar, bajo formas casi populares, y por alegorías encontradas en el riñón de la Escandinavia, as luchas de la personalidad obstinada en constituirse, y buscando en su lucha contra el mundo exterior, la prueba de su vitalidad. Luego vienen los dramas admirables y llenos de pensamientos profundos, de concepciones simbólicas y psicológicas, y desarrollando con marcada huella escéptica y pesi-

mista, teorías asombrosas sobre el matrimonio, la herencia moral, y los más apasionantes problemas sociales. Son de esa serie «Hedda Gabler,» «Rosmersholm,» «El constructor Solnes,» «Un Enemigo del Pueblo,» «Los Aparecidos,» etc., etc.

Sin duda fué Ibsen uno de los más grandes espíritus que hayan aparecido en el mundo. Ha merecido llamarse el Shakespeare moderno, aunque esa honorífica antonomasia aparezca pequeña, dada la grandeza humana, la vasta abstracción del dramaturgo noruego. Ibsen fué un solitario; vivió abstraído en su labor gloriosa, frente á su Ideal que era sombrío como una esfinge, y resplandeciente como un arcángel. Uno de sus héroes, el Dr. Stockmann, dice una frase, que debe haber sido una convicción en su autor: «El hombre más poderoso, es el que está más solo.»

Hoy que Ibsen ha muerto, la literatura



Siluetas de Ibsen.

mondial recoge con celo piadoso su obra vasta y maravillosa, donde tanto inquietante problema remueve sus espirales sombrías, donde tanto rostro humano se crispa con los gestos seculares del viejo dolor, de la antigua duda y de la eterna esperanza. El viento de las altitudes septentrionales ha dejado de deshebrar los hilos argentados de la gran melena, de la gran barba del poeta de rostro patriarcal y leonino. Yacente, el genio que desaparece, todo blanco en su cándida mortaja, debe anticipar un amontonamiento de grumos, una complicación de estalactitas, todo un episodio del total invierno boreal.

Sólo que en torno de la noble faz austera nimbada de plata luminosa, se obstina, sin apartarse, una fiesta de Primavera renovadora y ardiente, un germinal de flores, una incandescente teoría astral, nuncio de nuevas vidas y de nuevos mundos.

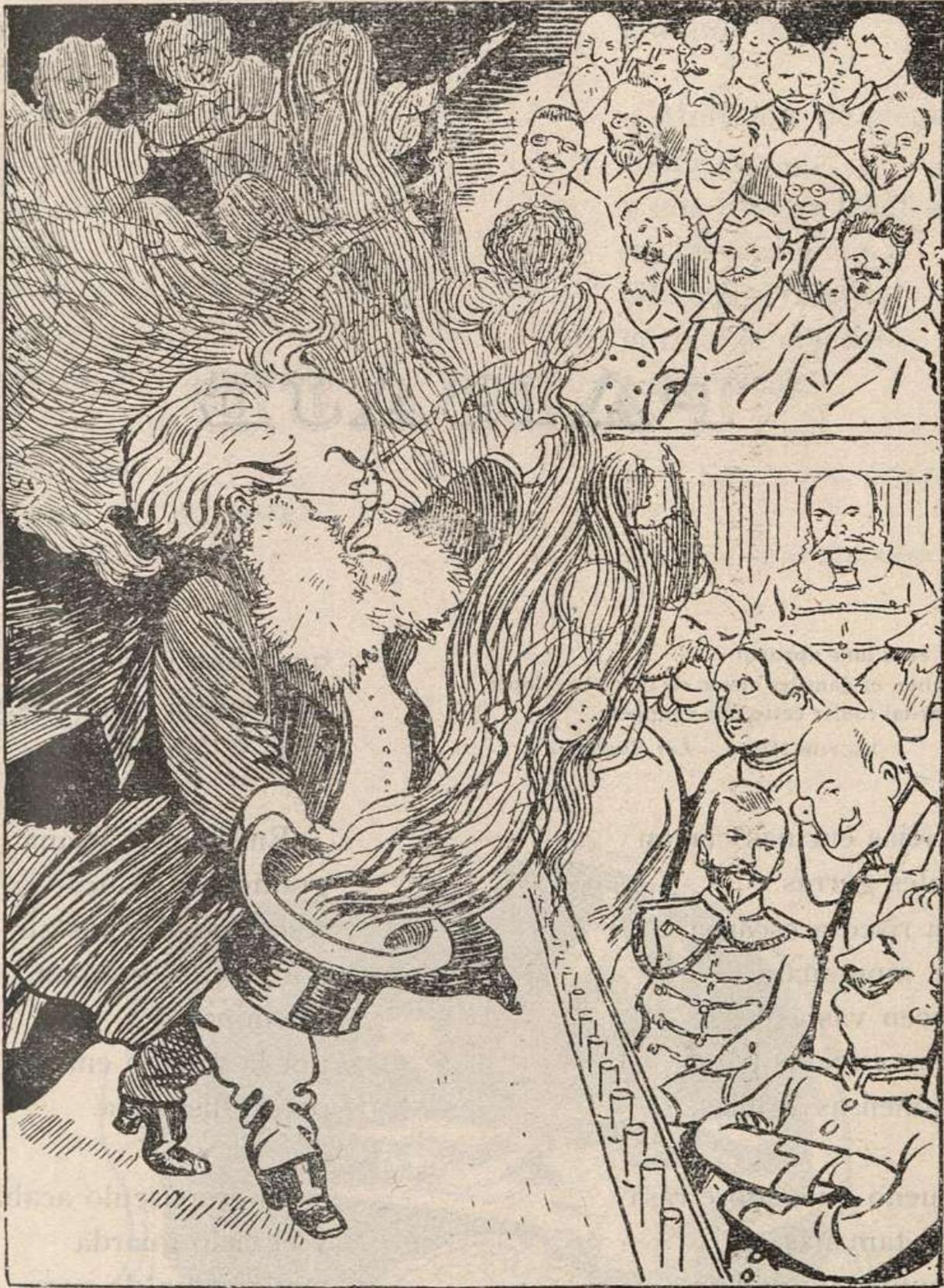
¡La obra del poeta inmortal!



La esposa de Ibsen.



Grimstad, aldea donde Ibsen trabajó como boticario.



Ibsen y Europa (dibujo alegórico).



PAISAJE

..... et la lune apparut
sanglante, et dans les cieux, de deuil envelopée
je regardai rouler cette tête coupée.

VICTOR HUGO.--*Les Chatiments.*

Viejas encinas clavan
visibles garras
en la riscosa escarpa
de la montaña:
parecen vastas
y desprendidas patas
de inmensas águilas.

Sueño que, sobre rasa
mole, tamañas
falcónidas pugnaban
por arrancarla;
y al batir alas,
perdieron las hincadas
piernas con zarpas.

Un arroyuelo baja
deshecho en plata:
resulta filigrana
que corre y pasa,

que gime y canta,
que semeja que arrastra
risas y lágrimas.

En planicie lejana
gramosa y glauca,
reses vacunas pastan
y á trechos braman,
diseminadas
por la gula, y enanas
por la distancia.

El crepúsculo acaba,
y el cielo guarda
matiz como de gama
de luz en nácar.
La luna salta,
como sangrienta y calva
cabeza humana!

Á través de las ramas
sube con pausa:
su expresión es bellaca,
burlona y sabia.

Oh! qué sarcástica
la roja, la macabra
testa cortada!

Al cinto la canana
y al hombro el arma,
cruzo con poca maña
maleza brava,
que me señala
encuentros, con uñadas
en las polainas.

La sombra se dilata
parduzca y áurea,
con transparencias de ágata
sutil y extraña:
asume trazas
de humareda que apaga
tintas de llamas.

El ábrego, con ráfaga
fina y helada,
sopla; y una fragancia
mística y agria
cunde; y en marcha
sigo, con tumefacta
y urgida planta.

Murmullo de plegarias
confusas vaga,
y una tristeza trágica
me llena el alma.
Oh! qué sarcástica
la roja, la macabra
testa cortada!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

De «Triunfos.»—Para la «Revista Moderna.»





LA VEJEZ DE FRANCIA

Cuando tras de largo viaje se ha dejado tras de sí á la potente y laboriosa América; cuando se ha acabado de atravesar los espacios del Océano, es exquisito saludar á París, el festejo de su acogida, sus verdes avenidas que bordean los palacios claros, la distraída negligencia de los paseantes, el lujo fino y completo de los equipajes y de los automóviles, arrastrando al capricho de sus curvas perfectas, las suaves pieles, los sombreros de color colocados sobre elegantes y lánguidas personas. Se deja el tumulto, la ansiedad, el trabajo y el esfuerzo intensos, una naturaleza avara y pródiga á la vez, los cedros del Canadá y las palmeras de la Florida, las caídas brumosas del Niágara y los peces voladores esparcidos sobre el Golfo de México, tantas ciudades rojizas y negras, surcadas de gigantes anuncios, estremecidas al paso de los expreses aéreos, aturcidas por el toque á rebato que suenan las locomotoras en las calles populosas y por los largos mugidos de los tranvías sucesivos, echando á andar tras del alto de un segundo. Largamente se han examinado las

máquinas ingeniosas y pensativas que manipulan, con gestos humanos, el hierro, el acero incandescente de esas fraguas grandes como nuestras ciudades y unidas por centenares al borde de ríos barrocos. Se ha detestado, amado después á un pueblo brutal, innumerable, uniforme, atlético y atareado, cuya obstinada valentía cubre los desiertos de ciudades provisionales, cava los montes, fertiliza las llanuras, anima esas soledades desoladas, tachándolas con la doble línea de los rieles, sembrándolos de estaciones, ofreciendo á los labriegos y á los empresarios la preciosa ayuda del transporte. Se ha admirado odo de aquellas esperanzas quiméricas y fabulosas que nutren allá los financieros temerarios, defraudados á menudo, felices á veces, y entonces triunfando más allá de todo anhelo. Y se encuentra aquí el reposo latino, el trotecillo del fiacre, la profusión de los discursos, las querellas interminables de las congregaciones, la indolencia de las tentativas, la timidez de los revolucionarios, el gusto de lo cierto y de lo bonito, el deseo del bienestar pe-

rezoso, la economía sórdida y temerosa, el muy irónico estado de los espíritus que han arrojado de sí toda quimera grandiosa, para retener más seguramente lo mediano, lo sólido, lo positivo, sin liga ninguna. Entonces París nos aparece como una ciudad arqueológica, obra antiquísima de artesanos meticulosos, de pequeños traficantes lentos y envidiosos.

Orfebrería ejemplar por otra parte, el más bello vaso concebido para encerrar el elixir mental de una «élite» sutil; pícara, crítica de sí misma, crítica también del mundo, pero trémula, avejentada, cansada, incapaz de ímpetus, apta solamente para las indulgencias excesivas y para las hábiles calumnias. Nuestro desdén de la prontitud y de la acción, desde hace veinte años, nos hace perder los tesoros del tiempo en la única discusión sobre el clericalismo, según el ejemplo de esos concilios bizantinos que destinaron los siglos á la discusión de las herejías, mientras que los bárbaros se extendían por el Occidente, y enviaban á sus avanzadas á robar los caballos blancos de los patricios en las propias caballerizas de los Blaquernos. Del mismo modo, mientras que el genio de los Yankes constituye la potencia de los trusts capitalistas y de las uniones obreras; mientras que el Inglés prepara del Cabo al Cairo la sujeción del Africa al comercio de Manchester; mientras que el Oriente se despierta, se arma, se provee de nuestras ciencias, admira al universo por sus victorias sobre la vieja monarquía moscovita, nosotros expulsamos obstinadamente á algunos padres más cada año, acosamos obstinadamente algunas monjas más cada semestre, sin ver nada más del mundo oculto á nuestra miopía de viejos chochos.

Y mientras, más allá de los mares, jóvenes colosos se agitan, penan, edifican, triunfan. Una selección laboriosa del Nip-

pon se ha asimilado nuestros teoremas estratégicos, los ha comprendido y mejorado. He aquí que su obstinado saber despista los cálculos de generales menos instruidos, atropella las líneas rusas mal consolidadas, destruye las flotas mandadas por estados mayores ignorantes, firma cada día, sobre el registro de la historia, un éxito. Una vez aún la nueva y pronta inteligencia da cuenta de las costumbres seniles. Como nuestros jefes de 1870, los de los ejércitos rusos están incapaces de dirigir hábilmente sus tropas. Han leído mucho y nada han leído. Mejor que educarse han intrigado. Han sido más burlones que observadores. Por algún tiempo, cuando menos, su formidable nación ha sido escarneada por el talento de los amarillos, mercenarios á sueldo de los americanos y de los ingleses.

Eso debería servirnos de lección. Ahora para los pueblos como para los hombres, sólo el trabajo, un trabajo asiduo, constante, penoso y rudo, puede dar la supremacía que preserva de la decadencia. La Rusia paga su pereza. El Nippon recoge la recompensa de sus labores extraordinarios —la América también.— Nosotros amamos demasiado el dormir vituperando, en nombre de una perfección dudosa, toda obra audaz, predicando la mofa, el escepticismo y la sonrisa suspicaz. Detestamos el trabajo activo. Loamos la pereza meticulosa. Esas serán las causas de nuestra muerte. Desconfiemos! Los pueblos toman la costumbre de considerarnos como un montón de viejos enjutos, vacilantes y fatigados. No están equivocados. Consideradlo; antaño el tratado anglo-francés, á cambio de penosas abdicaciones, nos concedió el privilegio de proteger en Marruecos, los intereses de la civilización. Fué una ventaja y un honor. Algunos salteadores feudales capturaron á unos viajeros. Fué nuestra escuadra la

que amenazó la mala voluntad de los funcionarios mahometanos, en Tanger? Nada. Vacilamos en cumplir los deberes de nuestro cargo. Nuestros pobres espíritus se espantaron. Nuestras manos temblaban. No podíamos querer. El valor de decidirnos, faltó.

Ahí quedamos ante el mundo, sin fuerzas, azorados y tímidos, como el septuagenario que teme atravesar una calle llena de carruajes, de automóviles y de ómnibus. Ante ese espectáculo de nuestra senilidad, resuena el grosero reír de los Teutones. Sus pesadas manos hicieron que se doblara nuestra espina.

Sin arriesgar siquiera un Sedan, nos echaron fuera de Marruecos, y henos aquí lamentables, sometidos para siempre á su política mercantil, después de nuestra oferta generosa é ingenua de internacionalismo que esos bárbaros no desean.

Toda tarea atrevida nos espanta. Nuestros pobres ojos miopes, parpadean y se nublan. Nuestras frentes se arrugan. Suplicamos á nuestros ergotistas, políticos y diplomáticos, que descubran alguna razón que nos impida el obrar.

Del mismo modo nuestros financieros se ingenian por encontrar motivos para no arriesgar sus capitales; nuestros funcionarios se agotan por conocer el medio de no asumir ninguna responsabilidad. Nadie enarbola su idea franca. Y si alguno se atreve, la Francia entera se liga para apartar del poder á ese «enfant terrible,» á ese loco furioso que tiene la pretensión de hacer una cosa definida, una cosa que no se parece á la serie de abortos, una cosa que no es vaga, ni digna de ser abandonada tras de concebida.

Somos en verdad, una nación calva, desdentada, miope y titubeante. Nos parecemos á esos coleccionadores octogenarios que se arrastran en su museo, de vitrina en vitrina, orgullosos de sus antiguas medallas,

de sus centavos lisos, de sus jarras abolladas, de los libros magníficos y podridos; pero que rien sardónicos si les informa que hay, en otra parte, y con profusión, efigies recientes, monedas sonoras de claros relieves, tibores luminosos y gráciles, volúmenes llenos de filosofías nuevas y olorosas á tinta fresca.

Desconfiemos de nuestra vejez. Los dientes á cada instante se pican en nuestra boca salivosa. Nuestros bordones y nuestras muletas aseguran nuestros pasos cada vez menos. Qué importa á la juventud escandinava, angla y germánica, el rictus de nuestros pobres escepticismos, de nuestros refinamientos valetudinarios? Risueña, ella marcha y corre por la ruta sonora del porvenir. Nosotros nos acurrucamos en los sótanos de nuestras ruinas pintorescas y doradas.

Con mis pobres ojos latinos, con mis pobres ojos mórbidos, he visto una nación de atletas y sus glorias olímpicas, una nación de magos y la multitud de sus milagros; un pueblo de desarraigados aventureros, ricos, orgullosos, valientes, enamorados de sus ilusiones audaces y acometiéndolas y realizándolas á la luz del sol. Luego he entrado aquí, á un hospital de arraigados á quienes adormecen las aromosas brisas de sus jardines, que próximamente serán sus cementerios.¹

1 En respuesta á esta lamentación, he recibido una carta indignada. Puede ser su resumen esta frase capital, ingenua, sincera y muy francesa: «Entonces usted prefiere al Vinci los traficantes en puercos de Chicago!» Esta misiva denunciaba, por otra parte, una alma instruida y fina, enamorada del arte. Me dejó estupefacto. Cómo un hombre inteligente del siglo XX puede creer aún que todos los Americanos son traficantes en puercos y todos los Latinos, Leonardos de Vinci? Principiando por Mr. Pourquery de Boisserin, que destruyó los esplendores de Avignon, por esa municipalidad de Arras que, parecida á otras, arrasó las murallas de Vauban, y así anonadó la obra de arte de esa

He reconocido entonces, que las fuentes de la América Septentrional, poseen también las virtudes atribuidas por la fama antigua á la fuente de Juvencio. Los hijos de la caduca Europa, que supieron desembarcar en ese país de prodigios, han recobrado, al beber el agua de los Hudson y de los Missouri, la ingeniosa y robusta juventud de sus ancestros germánicos, helenos, fenicios ó romanos.

Es, en verdad, otro Juvencio donde se rejuvenecen las viejas razas.

¡Ay! cómo hemos envejecido desde hace treinta años. Es preciso mirarse en el espejo universal. Hay que comparar á nuestras tentativas los resultados de los otros. ¿Dónde están los héroes de valor que nos ordenen el rejuvenecernos? ¿Quién arrojará del templo á todos los seniles, los vacilantes, los prudentes, á todos los sabios bizantinos? ¿Quién quitará las escamas de los ojos de los positivos? ¿Quién apacientará, delante de nosotros, al radioso rebaño de las quimeras?

Pues más allá del Océano Atlántico, las jóvenes quimeras han triunfado de las viejas prudencias importadas en el barco puritano «May Flower,» en el Siglo XVII.

Los proyectos de esos «trusters,» de esos reyes del acero, del petróleo, de la carnicería, hubieran hecho saltar á nuestros banqueros positivos y «serios.» Nuestros sabios hubieran alzado los hombros si se hubiera propuesto á su buen sentido

ciudad, joya de nuestro pasado legendario, parece que no todos nuestros excelentes compatriotas posean el espíritu del divino Leonardo. Noten, además, que los ministros elegidos por la nación en nada se oponen á esos innobles vandalismos. Por otra parte, los escogidos que más allá del Océano engendraron á Emerson, Poe, Walt, Whitman, Whisther Sargent, el escultor Saint Gaudens, no parecen haber empleado su existencia histórica únicamente en degollar y ahumar piaras de puercos. Generalizaciones temerarias de nuestras opiniones fáciles y tan parisienses!

inerte, concebir esas síntesis comerciales y financieras, fuentes de toda potencia. Nuestra envidia latina y mutua no hubiera admitido la posibilidad de tales solidaridades fecundas.

Los rebaños de quimeras se debaten allá, felizmente, en todas las llanuras y sobre todos los caminos; sus cascos de oro, cuando hieren la tierra, hacen que surjan las ciudades, que humeen las fábricas, que corran los expreses, y que vibre el hilo eléctrico. Bajo la fogosidad de ese ganado fabuloso, las cosechas pululan, las minas se descubren, los pueblos nacen y hierven, los lujos se desarrollan, las torres se levantan, los pensadores inventan. ¿Qué dioses traerán á nosotros los rebaños de las quimeras fecundas?

Veremos nuestros cuerpos alzarse, crecer nuestras barbas, y ocultar la grasa pesada de nuestros cuerpos inactivos? Hasta cuándo, deslumbrados por los toisones de oro, podremos salir de nuestros sótanos, frotar nuestros ojos tan circunspectos, aspirar el aire que insufla en los pulmones las virtudes de Juvencio?

Somos viejos, ancianos entumidos que cultivan la desconfianza á fin de justificar su inacción. Somos viejos sobre las bancas de las tabernas y sobre los asientos de cuero de las oficinas. Somos viejos vacilantes envidiosos, querelladores que disputamos en los Cafés políticos, y que nos encarnizamos en no querer nada.

Todo temor coagula nuestra sangre en nuestras venas. Enmascaramos nuestra cobardía con palabras humanitarias y pacíficas. ¿Pero tenemos acaso la franqueza de reclamar, por el libre cambio, la abolición de las fronteras económicas, las únicas duraderas? ¿Pero tenemos acaso la franqueza de invitar á todos los pueblos latinos para compeler á los bárbaros germánicos á reconocer una asociación internacional regida por los árbitros de la Haya? Desdeña-

mos la fuerza, y predicamos el socorro á los débiles. Pero los armenios siguen siendo asesinados contra nuestros votos, mientras que los cubanos libertados de las exacciones y de las severidades españolas, reciben de los yankees la independencia con la seguridad. ¿Dónde brilla mejor la virtud filantrópica? ¿Hay que preferir nuestra inercia ante los crímenes turcos, á la energía americana, arrancando á los cubanos de las crueldades supervivientes de la Inquisición y á las angustias del desorden administrativo?

Verdaderamente es de temerse que el rebaño de las exóticas quimeras se precipite del Norte y del Este, para hollar algún día, bajo sus pezuñas, nuestra razón fría como nuestra sangre, nuestra razón aletargada. Así un vino, en un tiempo, generoso, pero descompuesto por los siglos, se coagula en un vaso de orfebrería magnífica, sobre el que el arte de Atenas y de Bizancio cincela preciosamente los símbolos de la decrepitud.

PAUL ADAM.

(Trad. de «Revista Moderna»).





ES UN VAGO RECUERDO.....

Del futuro libro "En voz baja...."

Inédito para la «Revista Moderna.»

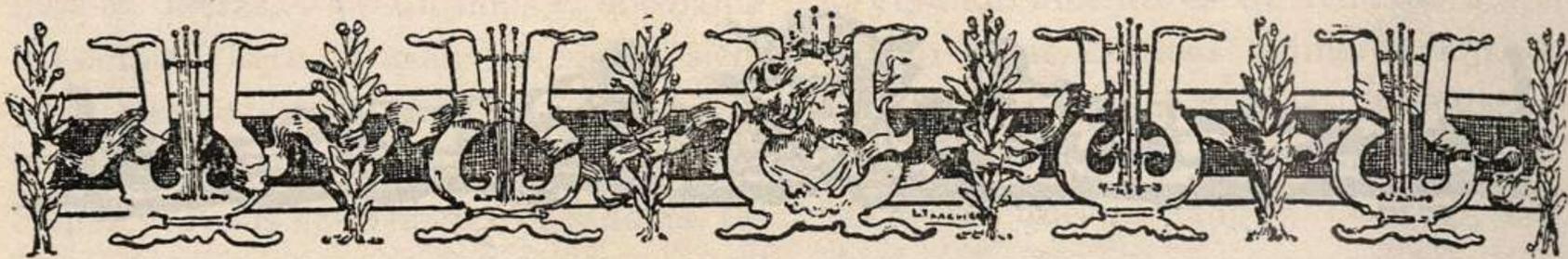
Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego en la noche desaparece;
que surge de un ignoto pasado,
que viene de muy lejos y como muy cansado;
que llega de las sombras de un tiempo indefinido:
un recuerdo de algo muy bello, que se ha ido
hace ya muchos siglos, hace . . . como mil años!
Sutiles añoranzas y dejos muy extraños . . .

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego en la noche desaparece.

Es una vieja esencia que el alma me perfuma
y que se desvanece después entre la bruma;
es el matiz de un pétalo de rosa desvaído,
es un resabio como de un gran amor perdido
del tiempo en la frontera,
donde está lo que ha sido,
lo que fué y lo que era. . . .

Es un vago recuerdo que me entristece
y que luego en la noche desaparece. . .

AMADO NERVO, *En voz baja*



MUERTOS QUE VIVEN.

IBSEN, EL SINCERO

Soñad con el juicio de la Posteridad sobre nuestra conducta. No echad nunca en olvido el sublime mandato de vuestro corazón.

Ibsen.-¡Despertad, escandinavos! (1849)

En su cervecería de Skien, sordo, re-funfuñón y cascarrabias, está ese viejo erizo tomando, silencioso, un *bock*. Nieva y la gente va de prisa; mas, al pasar por los cristales, forma grupos:

—Ahí está.

—Ese es. . . .

Y el viejo erizo, algo camándula, jadea á gusto tras sus espejuelos, como un león á quien se alisa la melena. Así, con vanidad setentona, con algo de chochez simpática, entre irónico y conmovido, pinta Jorge Brandés á Enrique Ibsen.

Es que, la sabia crítica se adueñó del sillón curul? ¿Es que desde la cima de sus folios, no chorrea la espuma de su vanidad? Cuando un talento audaz y juvenil como el de Remy de Gourmont, juzga á Brandés, ¿no le pone en el potro de los pedantes?

«No echad nunca en olvido el sublime mandato de vuestro corazón.»—Qué dice

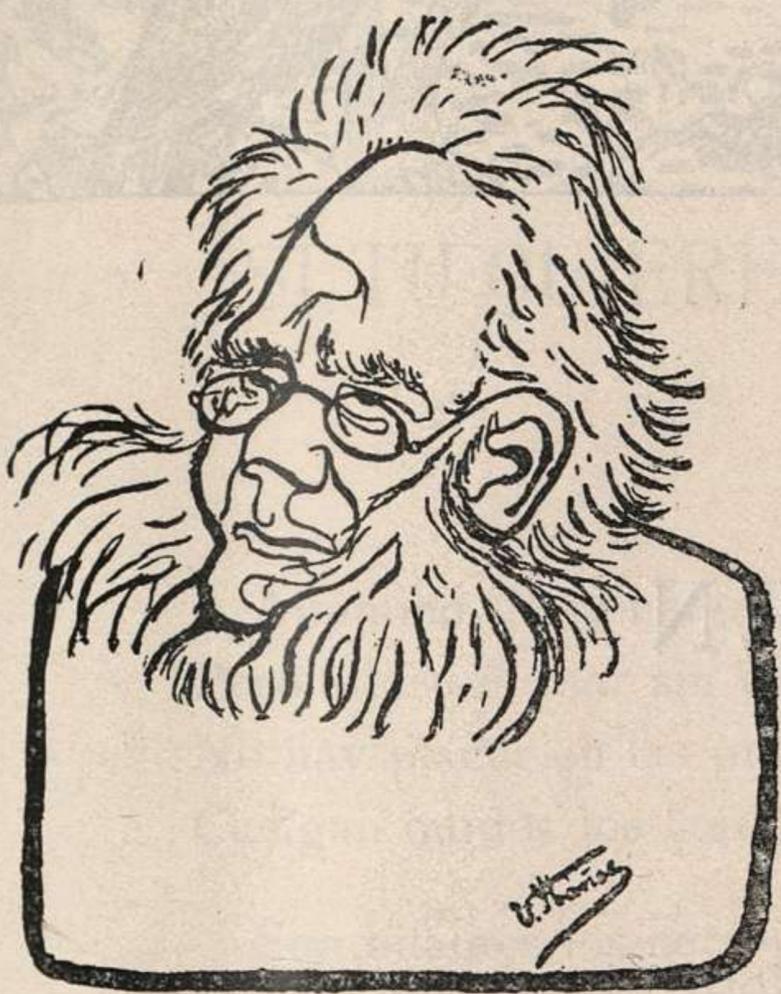
al corazón Enrique Ibsen? Ante todo, dice lealtad; habla de una alta ética cuyo sistema planetario tiene por centro y sol, la rebeldía: cuenta, desde su primera oda á su última comedia, el bello cuento mago de que ser sincero es ser feliz.

En la envidiable frente del maestro hay, como en la de Goethe, diademas latinas, y como en la de Shakespeare, hondísimas arrugas boreales. Fausto y Otelo se engendraron con sol de Italia; Hedda Gabler y Oswald amanecieron á la vida en Roma. Nosotros, los latinos, arrojaremos sobre la mortaja de pieles, rosas encarnadas de la Porciúncula. . . .

* * *

Fué un emancipador, fué un guerrero, este hombre erizo é indomable. Con su piqueta sorda y brava acometió el altar de la sandez; dió á la moral ambiente una estocada de maestro y en su *Génesis* hosco cualquier Moisés escribirá algún día:—«*Hágase el hombre leal. Y fué hecho.*» Hedda dice, imperante: «*No hay que pedirme eso. No quiero ver enfermedades ni muertes. Ahórrame el espectáculo de las cosas feas.*»

Así, con sueño igual, hablan las queridas de Meleagro:—«*Llévame por caminos de alegría.*» Es el latido griego dentro de un corazón casi polar. . . .



El rey Skule (*Los pretendientes á la corona*) pregunta á Skalda:—¿Has visto á una mujer que ame al hijo de otra, no con un sentimiento caprichoso, sino con las veras de su alma?» El poeta Jatgeir replica:—«*Eso no ocurre sino á las mujeres sin hijos.*» ¿Y no relampaguea en esta frase algo de las oraciones á Diana, en Efeso?

Todo lo neciamente infatuado, cuanto dice insolencias de coacción —cuanto es freno y dominio y esclavitud,— desde el Código al rito, desde el decreto á la liturgia, sintió sobre sus lomos fieros el látigo de este gran rebelde. Dioses, reyes y populachos le han visto en el Sinaí de sus comedias en *Nora* y en *Los aparecidos*, en *El enemigo del pueblo* y en *Solness*. Desde *La comedia del amor* al *Pato sil-*

vestre, toda la lira conyugal canta el *lasciate ogni dantesco*. Como ha dicho con felicidad Rubén Darío, «*La aristocracia intelectual está en él. Se le saluda como á uno de los grandes héroes.*» ¡Más rosas encarnadas para la mortaja de pieles de Ibsen!

*
*
*

¡Discutir su teatro! ¿Pero hay quien lo discuta ya? Esa aferrada burguesía, más conservadora y reaccionaria que la aristocracia de veras, ¿qué sabe, ni qué quiere saber del teatro de Ibsen? El porta-estandarte burgués, Echegaray, cayó una vez maldito por una simpatía ibseniana; *El hijo de Don Juan* lo llevó cuatro años al lazareto. Zacconi, imponderable, fué regateado en *Los aparecidos*; *Nora*, aunque en italiano —buen pasaporte,— no pasó y los arreglos del *Pato* y de *Los guerreros de Helgeland* siguen en lazareto de empresarios, «*porque Ibsen es para los públicos del Norte.*»

¿Y quién afirma tal dislate? ¿Qué saben de Ibsen nuestros dómynes de pan llevar? Dicen que es un psicólogo enrevesado, y ahí está *Nora*, clara como el día; que es un alma muy seca, y ahí están sus poesías (la traducción francesa de Bigault) á cual más tierna y delicada; que es un fantasmagórico, que no hay mujeres como Hedda, ni hombres como Oswald, ni tipos como los que pinta, y ahí están todos, desde Brandés á Laurent Thailhade, todos poniendo como evangelio sacrosanto estas palabras del noruego único:

—«Todo lo he buscado en mí mismo. ¡*Todo ha salido de mi corazón!*»

CRISTÓBAL DE CASTRO.



IBSEN

«Astro rojo del Norte lejano»
que invencible irradias,
creador simbólico:

Voluntad es tu héroe, y ensaya
levantar la magnífica torre,
libertar el oro que en las minas canta,
abrir á la huraña y oscura conciencia
la senda de vida más fuerte y más alta:
si no triunfa, ¡qué importa! flotando
quedará la Idea, su invicto oriflama!

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.



SI TU QUIERES SER LA REINA.....

Abomino de reinados y me asustan los imperios,
 Pero adoro el mar sin brida y el capricho de los cauces;
 No hay placer en las prisiones y en los tristes cautiverios
 Cuelgan mudos los laúdes de las ramas de los sauces.

Son infames los cerrojos, son odiosas las coyundas,
 Envilecen las cadenas y horripilan los flagelos;
 Cuán hermosas, al contrario, son las nubes vagabundas,
 Qué tranquilos los paisajes de los campos y los cielos.

Yo comprendo la nostalgia de los niños pensativos
 Que mirando hacia la calle se entristecen en el aula;
 Tengo envidia por que vuelan de los cóndores altivos
 Y venero á los quetzales que se mueren en su jáula.

Y no obstante que aborrezco dictadores y verdugos
 Y como águila altanera soy indómito y soy bravo,
 A pesar de mis profundas aversiones por los yugos,
 Si tú quieres ser la reina, yo ambiciono ser esclavo.

Ser tu siervo aun con peligro de arrostrar agudas penas,
 Porque siento la invencible seducción de tu dominio,
 De anudarme con tus lazos y ponerme tus cadenas,
 Tan livianas, tan livianas que parecen de aluminio.

EFRÉN REBOLLEDO.



CHAPULTEPEC

Tenemos el gusto de ofrecer á nuestros suscriptores la tricromía de un cuadro del pintor A. Lohr, que la Señora Doña Alejandra de la Vega de Redo regaló al Señor Valenzuela. Por primera vez se logra en los periódicos de México un trabajo tan completo. Debemos congratularnos de la inteligencia y laboriosidad del grabador Don Marcial Ibarra y del impresor Don Eduardo Aguirre. Después de perseguirlo por años enteros, la "Revista Moderna" tiene hoy el placer de publicar dicho trabajo como un triunfo del arte nacional.

A este respecto, "El Imparcial," diario de México, dice lo siguiente:

Notables trabajos de tricromía.

"El hábil é inteligente grabador y estereotipador, Don Marcial Ibarra,

después de varios meses de ensayos y de estudios, acaba de terminar unos trabajos de grabado á tres colores, por el procedimiento de tricromía, que verdaderamente son notables, de lo mejor que se ha hecho en el país, y que pueden compararse ventajosamente con muchos extranjeros.

Los que sabemos las dificultades inmensas con que en México se tropieza para llevar á feliz término trabajos de esta naturaleza, podemos apreciar mejor el éxito del señor Ibarra, á quien felicitamos muy cordialmente por el triunfo que ha alcanzado."

* * *

Sólo le faltó consignar al periódico de mayor circulación de la República, el generoso empeño de la "Revista Moderna" para alcanzar este triunfo del arte tipográfico mexicano.



J. RIVELAS '901

DEJA QUE HUYA LAS AULAS.....

Está enfermo mi espíritu de inquietud infinita,
 He sentido en mi cráneo revolverse la idea
 Como un monstruo que ruga y en su cueva se agita,
 Como un duro martillo que en mi frente golpea.

Mi cerebro envejece dolorido y exhausto
 A la luz misteriosa de crepúsculo incierto,
 Se renuevan en mi alma las dolencias de Fausto,
 He cansado mi duda sobre un gran libro abierto.

Turbia muere la tarde y en las viejas ventanas
 Pone el sol sus reflejos como lívidas gemas,
 Cierro entonces el libro de las tesis arcanas
 Y en mi ceño se fruncen las arrugas tempranas
 Que marcó la fatiga de los arduos problemas.

Deja que huya las aulas, ¡oh mi docto Darío!
 Deja que huya el convento donde pálido asceta
 Flagelaba sus carnes frente á un cristo sombrío,
 Que mi cuerpo despierte con indómito brío
 Y que estalle mi brusca juventud de poeta.

Que mi espíritu cure sus cansancios precoces
 Y que grite en mis venas roja sangre encendida;
 Que me bañen los campos con sus prístinos goces,
 Que se acerquen las horas como dón de los dioses
 Y en mi pecho florezca la ilusión y la vida.

Deja, amigo, que parta, que bajo un cielo de oro
 Ejercite mis músculos en la danza y el juego,
 Que las vides me ofrezcan su preciado tesoro,
 Que refleje mi verso primitivo y sonoro
 Las mañanas azules y las tardes de fuego.

Que me pierda en el coro de la rústica gente
 Que disfruta en el campo su salvaje alegría,
 Que me adornen las Musas de narcisos la frente
 Y así tuerza una rama con mi brazo potente
 Como grave una estrofa de serena armonía.

Tú en severo recinto las doctrinas imprime
 Sobre jóvenes almas que te escuchen ansiosas,
 En el foro y la plaza la dialéctica esgrime
 Y predica la austera misión vana ó sublime
 De buscar la sustancia de los seres y cosas.

Mi sendero es distinto. Es un dulce verano.
 Por encima las nubes cual radiantes doseles.
 Es un bello paisaje de cantar virgiliano,
 Es un mundo que surge bajo un soplo pagano
 Coronado de rosas y fragantes laureles.

Tu misión es de apóstol y tu enorme destino
 Alumbrar las conciencias con tu gran profecía;
 Es la paz de los bosques mi silvestre camino,
 Es la Arcadia apacible y el Himeto divino
 Que darán á mi pena su rumor y ambrosía.

Es Apolo que triunfa sobre Duda y Tristeza,
Sobre la honda neurosis de este mundo cristiano,
¡Es Apolo el antiguo que pondrá en mi cabeza
La visión rediviva de la eterna Belleza
Que ha cubierto de sombras el espíritu humano!

EDUARDO COLÍN.



El Sr. D. José de Jesús Pliego, y su esposa, la Sra. D.^a Juana de la Garza de Pliego, han recibido en estos últimos días un golpe terrible con la muerte de su hijo único,

LUIS PLIEGO Y DE LA GARZA,

el cual falleció antes de cumplir los quince años.

Hondamente apenados, mejor dicho, consternados, deseamos para los esposos Pliego la resignación necesaria para soportar tan inmensa desdicha.

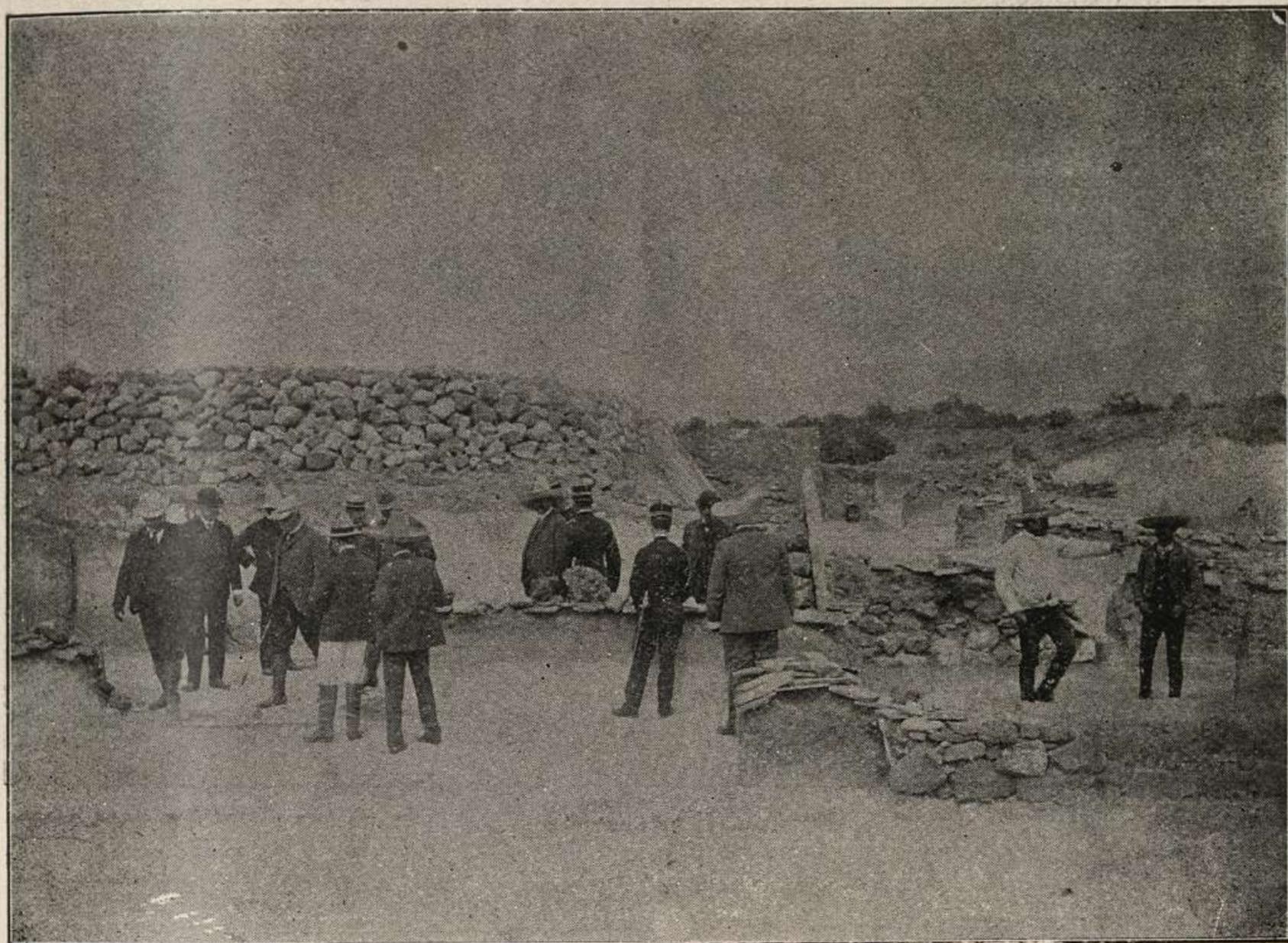


Sr. D. Leopoldo Batres

LAS PIRÁMIDES DE TEOTIHUACÁN

Probablemente de todos los trabajos arqueológicos que actualmente se llevan á cabo en el mundo entero, los que la Inspección General de Monumentos ejecuta en Teotihuacán, son los más vastos y los de mayor importancia. Consisten éstos en el descubrimiento de la Pirámide del Sol, de la enorme Tonatiu Itzacual y de los templos y edículos adyacentes; quizá, desde el punto de la arqueología artística, otros trabajos tengan más interés, pero para la Ciencia Arqueológica

que va en pos de la verdad histórica, los de Teotihuacán tienen importancia única. En otras «fouilles» se exhuman los vestigios que afirman y magnifican civilizaciones y culturas ya conocidas; pero en Teotihuacán, en esa misteriosa «Heliópolis Magna» del Continente Americano, se siguen los pasos por el mundo de pueblos casi desconocidos, y razas á cuyo vago rostro presta la leyenda aspectos fabulosos. Un hondo enigma yace allí, tan vasto y tan hondo que bien podría, al desha-



El Sr. Gral. Díaz y sus ministros, Sres. Corral y Sierra, en Teotihuacán.

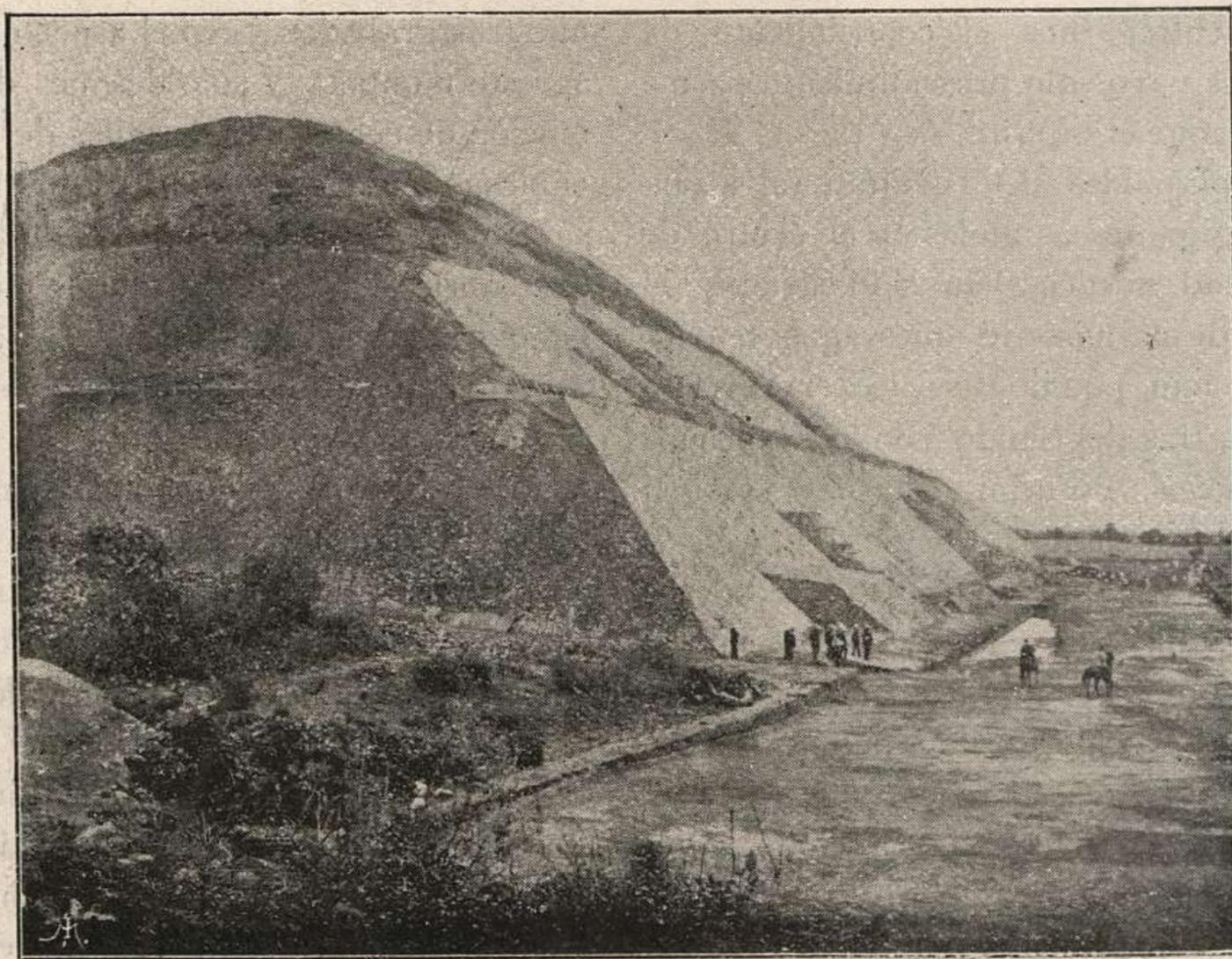
cerse, entregarnos el conocimiento de verdades cuyo solo presentimiento pasma y sobrecoge el espíritu.

Las pirámides de Teotihuacán, alzando sus gigantescas moles en el centro de la ciudad mística, han sido siempre el núcleo de un misterio que vagas tentativas no han podido desvanecer, revelando sólo, tras del tímido sondeo, abismos vertiginosos. Boturini, Charnay, García Cubas, arqueólogos, simples curiosos y buscadores de tesoros, han explorado esos monumentos, sin resultados apreciables, y hasta hoy, tras de trabajos asiduos y enormes, el Inspector de Monumentos, D. Leopoldo Batres, ha conseguido fijar el verdadero carácter de esas construcciones. Por mucho tiempo la Pirámide del Sol, cuyos paramentos regulares y maravillosamente contruidos pueden verse en

nuestros grabados, tuvo el aspecto de una agreste montaña, y sólo después de la remoción de centenares de miles de metros cúbicos de piedras y detritus, ha tomado su actual y verdadero aspecto de portentosa fábrica humana. Lo que le daba engañosa apariencia de montaña y la hacía confundirse con una eminencia de formación natural, era el derrumbe de su primera envoltura, debido á los agentes naturales, viento, lluvia, vegetación que disgregaba las piedras de su estructura, detritus vegetales allí acumulados durante muchos siglos. Una vez removidos esos elementos dislocados, de lo que formaba el exterior de la primitiva Pirámide, apareció una segunda estructura igual á la primera, aunque de menores dimensiones, pues hay que saber que tal vez por algún rito imponente é ignorado, los an-



Panorama de la Pirámide.



Dos de los lados descubiertos en la Pirámide del Sol.



El Teopancalco descubierto.

tiguos mexicanos construían sus templos y adoratorios, envolviendo progresivamente, con varios edificios idénticos, uno fundamental y pequeño. Los edificios ó super-estructuras, que iban aumentando de proporción del núcleo á la periferia, eran algo así como las cajas de thé de los japoneses, múltiples, semejantes y encerradas unas en otras. Esta teoría, formulada por el Arqueólogo Leopoldo Batres, ha sido después comprobada por el abnegado explorador de la región Maya, D. Teoberto Maler, en un monumento religioso conocido con el nombre de «El Meco.» Una vez en poder de tan importante noción sobre la Arquitectura aborigene, el Inspector Batres ha procedido sin vacilaciones, y á ella se debe, sin duda, la seguridad y la eficacia con que ha desarrollado sus trabajos.

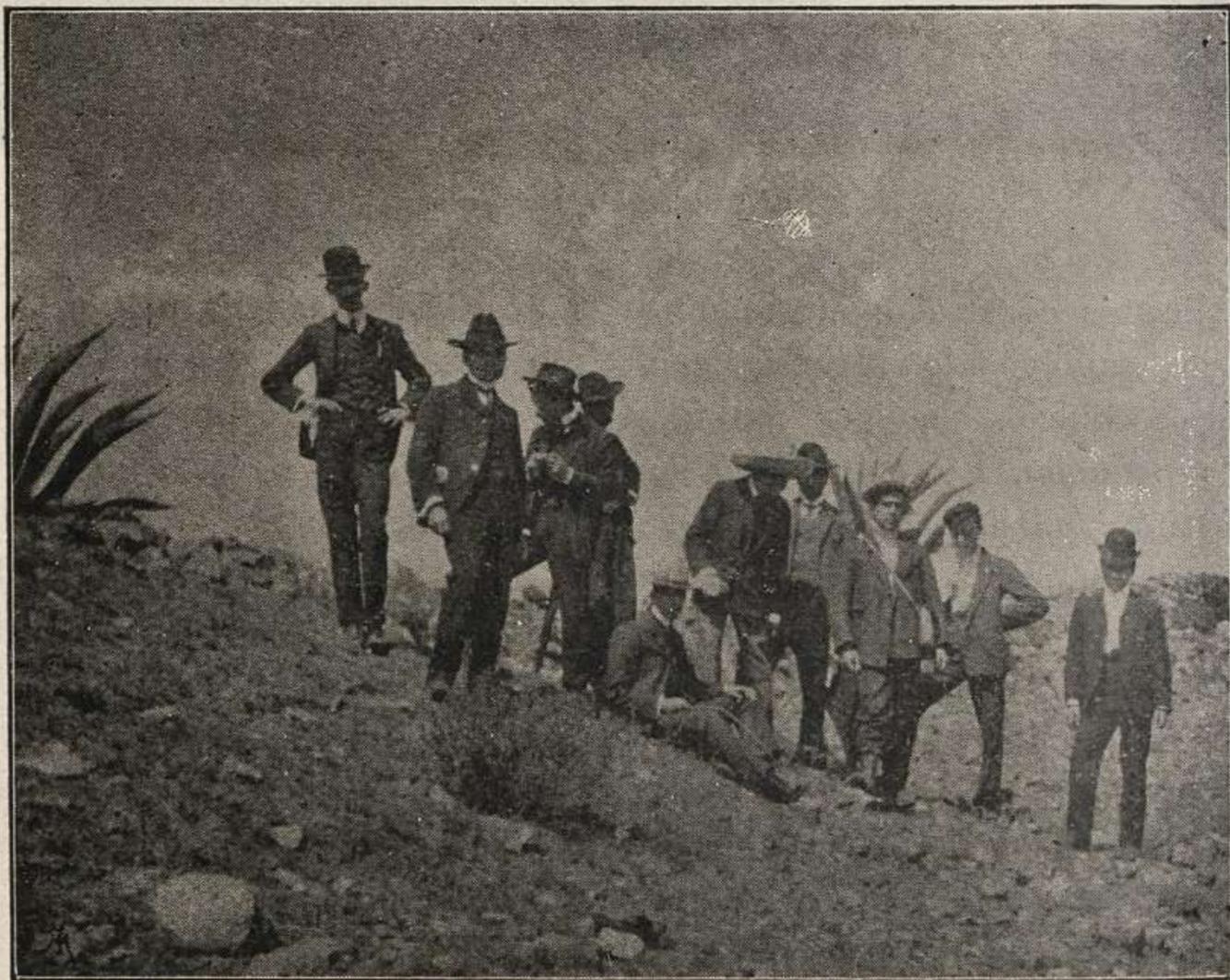
Hoy, dos cuerpos en tres lados de la Pirámide, que, como se sabe, es de planta cuadrangular, están descubiertos y asegu-

rados. En el lado E., una gran plataforma adosada al talud, un edículo, varios corredores y las escaleras en zigzag, pueden verse libres de escombros y en toda la primitiva pureza de sus formas. Una gran explanada ó terraza de sólido y terso pavimento; un adoratorio rodeado de piezas vestibulados, tal vez un «teopancalco,» están igualmente descubiertos, y á la vez que importantes documentos para la reconstrucción arquitectónica civil y religiosa, han revelado bellísimas obras de escultura y glíptica, entre ellas, máscaras de sobrio y admirable modelado, y un torso de serpentina que, apartándose de las proporciones peculiares en obras iguales, tienen gran semejanza con las esculturas primitivas chipriotas y del Asia Menor. Gran cantidad de braseros, relieves y otros vestigios revelan el «sabeísmo» practicado por aquellos pueblos en virtud del cual, sin duda, adoraban como á Dioses mayores al Sol y á la Luna.

El Señor Presidente de la República, el Vicepresidente, Señor D. Ramón Corral, y Don Justo Sierra, á cuya iniciativa se deben tan importantes trabajos arqueológicos, manifestaron en su reciente visita, profundo interés por los grandiosos monumentos, y satisfacción por los trabajos que los salvan de la ruina y los ponen en condiciones de ser estudiados por los sabios.

Posteriormente los alumnos de la Cla-

se de Arqueología del Museo Nacional, acompañados de su Profesor D. José Juan Tablada, visitaron en excursión de estudio la Ciudad Mística y las Pirámides, aplicando muchos de sus conocimientos adquiridos y escuchando una instructiva y detallada relación de los trabajos, de labios de D. Leopoldo Batres, que los dirige y los lleva á termino con gran celo científico y con acierto que se comprueba más cada día.



Grupo del Profesor y alumnos.



A J U A R E Z

HOMENAJE.

Allá van en sus rápidos corceles
 Tras el eterno afán de la conquista,
 Coronada la frente de laureles
 Y la ambiciosa y penetrante vista
 Persiguiendo más vastos horizontes.
 Ya cruzan ríos, ya trasponen montes,
 Ya despedazan selvas y boscajes
 Como un tropel herido de bizontes
 Entre bosques hirsutos y salvajes.
 Confiados en su mágico destino,
 Avanzan entre glorias y entre excesos,
 Haciendo resonar sus armaduras,
 Mientras marcan su huella en el camino,
 De razas muertas con blanqueados huesos,
 De razas vivas con cadenas duras.
 ¡Nada domina su ambición! Mezquino
 Hallan el Mundo para ser su asiento:
 Dejar quisieran sus ardientes rastros,
 Atravesando el ancho firmamento,
 En otros pueblos de los otros astros.

Allí Alejandro, el Macedonio ardiente,
 Que con su acero fino despedaza
 Los misteriosos velos del Oriente.
 Cual tigre bengalez que va de caza
 Orgulloso abandona su retiro

Y á la conquista va firme y valiente.
 Recibe de Sidón el homenaje,
 Tiñe su manto en púrpuras de Tiro
 Cuando él en sangre tiñe sus riberas,
 Y avanza, avanza en su imponente viaje
 Coronando de mirtos sus banderas,
 Sin cejar nunca en su indomable empeño
 Hasta llevar sus bélicas legiones
 A perturbar, con su tropel, el sueño
 Que duermen los soberbios Faraones.
 Y cual la tierra del sagrado río
 Hace también que huellen sus bridones
 La fabulosa patria de Dario.
 Semiramis se yergue de su fosa
 Y clava en él atónita mirada
 De sus hazañas ínclitas celosa.
 Él, en tanto, arrastrando sus falanges
 Sigue y sigue su marcha procelosa
 Hasta que alumbra el rayo de su espada
 Las serpientes del Tigris y del Ganges.

César, aquel que mira por sus venas
 Correr sangre de Venus, el que llora
 No las heridas de insondables penas,
 Que llora lleno de dolor profundo
 Porque encuentra mezquino su proscenio,

Porque á su edad ya dominaba el Mundo
 El joven Alejandro, y él apenas
 Cuenta con su ambición y con su genio;
 Aquel rendido amante de la gloria
 Del destino cruel rompe la valla;
 Arrastra con imperio la victoria
 Tras su bridón fogoso de batalla.
 Y se alza airado como fiera herida,
 Vibrante acero entre sus manos toma
 Y va á sellar con planta endurecida
 El orgulloso corazón de Roma.
 Y el que gemía, el que lloraba triste
 Un negro porvenir mirando en frente,
 Los atavíos imperiales viste
 Y es sabio, y es sublime, y es potente.
 Bajo su palio de encendida grana
 Y sobre el trono de marfil y de oro,
 Entre la humilde adulación romana
 y el himno ardiente de entusiasta coro,
 Envuelto del ideal en el misterio
 Y en Júpiter terrestre transformado,
 Mira á sus pies inconcebible imperio
 Como un esclavo vil, arrodillado.

Y el águila de Córcega que vuela
 De su isla, como el cóndor de la cumbre,
 Y escala los espacios porque anhela
 Altura, inmensidad, ambiente y lumbre,
 Surca el azul y le parece estrecho
 El espacio sin fin en que se agita:
 El fuego de un volcán arde en su pecho
 Y su cerebro, el aquilón agita.
 Y desciende bañada en los fulgores
 De un sol en las victorias encendido,
 Y arrullada por épicos clamores
 De San Luis en el trono hace su nido.
 Pero Francia es pequeña, es muy pequeña!
 Desea nuevos vinos en su copa,
 Y en su delirio de esplendores sueña
 Con sujetar bajo su cetro á Europa.
 Y se lanza por montes y praderas
 Ensangrentando fértiles comarcas:
 Al golpe de su pie surgen monarcas
 Y al de su brazo extingüense fronteras.
 Los ensueños del águila en la altura

Los realiza en el campo de la guerra:
 Y no es de Francia la primer figura,
 Es la primer figura de la Tierra!

¡Oh falange inmortal de soñadores
 Del hierro y de la sangre, que á su paso
 Dejaron una estela de fulgores
 Como el sol al hundirse en el ocaso!
 ¿Quién no admira sus inclitas hazañas?
 ¿Quién no admira sus locos heroísmos?
 ¡Mas ay! si tienen luz cual las montañas,
 Tienen obscuridad cual los abismos!
 Hicieron de crueldad soberbio acopio
 Y en cambio en la virtud ¡cuánta pobreza!
 Tuvieron un amor, el amor propio;
 Y un ideal, su gloria y su grandeza.

No así Bolívar, San Martín, Hidalgo,
 Páez y Sucre, que con sacro anhelo
 Soñaron algo más, soñaron algo
 Sublime y grande: libertar su suelo!
 Mientras los unos en su cáliz de oro
 Derraman hasta el borde adamantino
 De mágicos deleites el tesoro,
 De gloria y dicha el embriagante vino,
 Los otros, el dolor por patrimonio
 Tienen, no más: el inmortal Bolívar
 Joven como el monarca Macedonio
 En cambio de su afán recoge acibar.
 El dolor para todos, el tormento
 Premio del heroísmo, ¡atroz sarcasmo!
 ¡Mas ay! en el dolor hallan aliento
 Y en los reveses rudos, entusiasmo.
 ¿Es su ilusión fantástica? ¿Es quimérica?
 Lo ignoran, pero luchan: en sus almas
 La fe perdura de la edad Homérica:
 Ellos no ansian galardón ni palmas,
 Quieren la eterna libertad de América.

Mártires, héroes, mágicas figuras
 Que de América sois gloria y orgullo,
 Paso, uno más penetra en vuestro templo:
 No lo siguen ferradas armaduras
 Ni de estériles pompas el arrullo;
 Es de virtud ejemplo, hermoso ejemplo

De grandes hechos y de acciones puras.
Vástago excelso de una excelsa raza
Que aun abatida, exámine y maltrecha
Quiso oponer el pecho á la coraza
Y al plomo ardiente la aguzada flecha.

Es el sublime indio, aquel que un día
De América en las tierras soberanas
Para siempre extirpó la monarquía
Poniéndole el *non plus*, la losa fría
En el Cerro inmortal de las Campanas.

Cuando las extranjeras bayonetas
Al sol lanzaron sus reflejos rojos,
Y encendiendo patrióticos enojos
Sonaron atambores y cornetas,
Se oyó el ronco rodar de los cañones
Y parecía ya que un soberano
Iba á clavar triunfante sus pendones
En el altivo suelo mexicano.
El pensador en adalid se trueca,
Su fe derrama exaltación, aliento
Y parece que en su alma tiene asiento
El alma toda de la raza Azteca.

Quizá Cuauhtemotzin dejó su tumba,
Allá en los bosques vírgenes perdida,
Do solo el viento entre las ramas zumba
Del árbol triste en que perdió la vida,
Y encarnando en el alma del patriota
Le recordó su lucha y su impotencia,
Su desesperación y su derrota.
«Nunca el conquistador tuvo clemencia,»
Debió decir trayendo á la memoria
El triste fin de su naciente gloria,
Cuando sin compasión para sus penas
Ni respeto á sus timbres de guerrero,
El español caudillo, de cadenas
Cubrió al ilustre y noble prisionero.
Y el patriota sintiendo que en sus venas
Discurría de lavas un reguero,
Al triunfo ó á la muerte se decide,

Aunque torne su patria en cementerio,
Pero jamás se elevará otro imperio
Donde murió el imperio de Iturbide!

Del Norte descendió como avalancha
Desde la cumbre al valle: una bandera
Fué su nombre inmortal, puro, sin mancha.
No era de Marte el combatiente, era
El piloto que erguido sobre el puente,

Examinando el horizonte, sabe
Cómo salvar del huracán rugiente
Y de las olas defender la nave.
Vencieron su constancia y su firmeza:
El águila de México en sus garras
Al águila imperial ahogó con gloria;
Resonó en Francia un grito de tristeza
Mientras las huestes rudas y bizarras
Del Anáhuac cantaban su victoria.

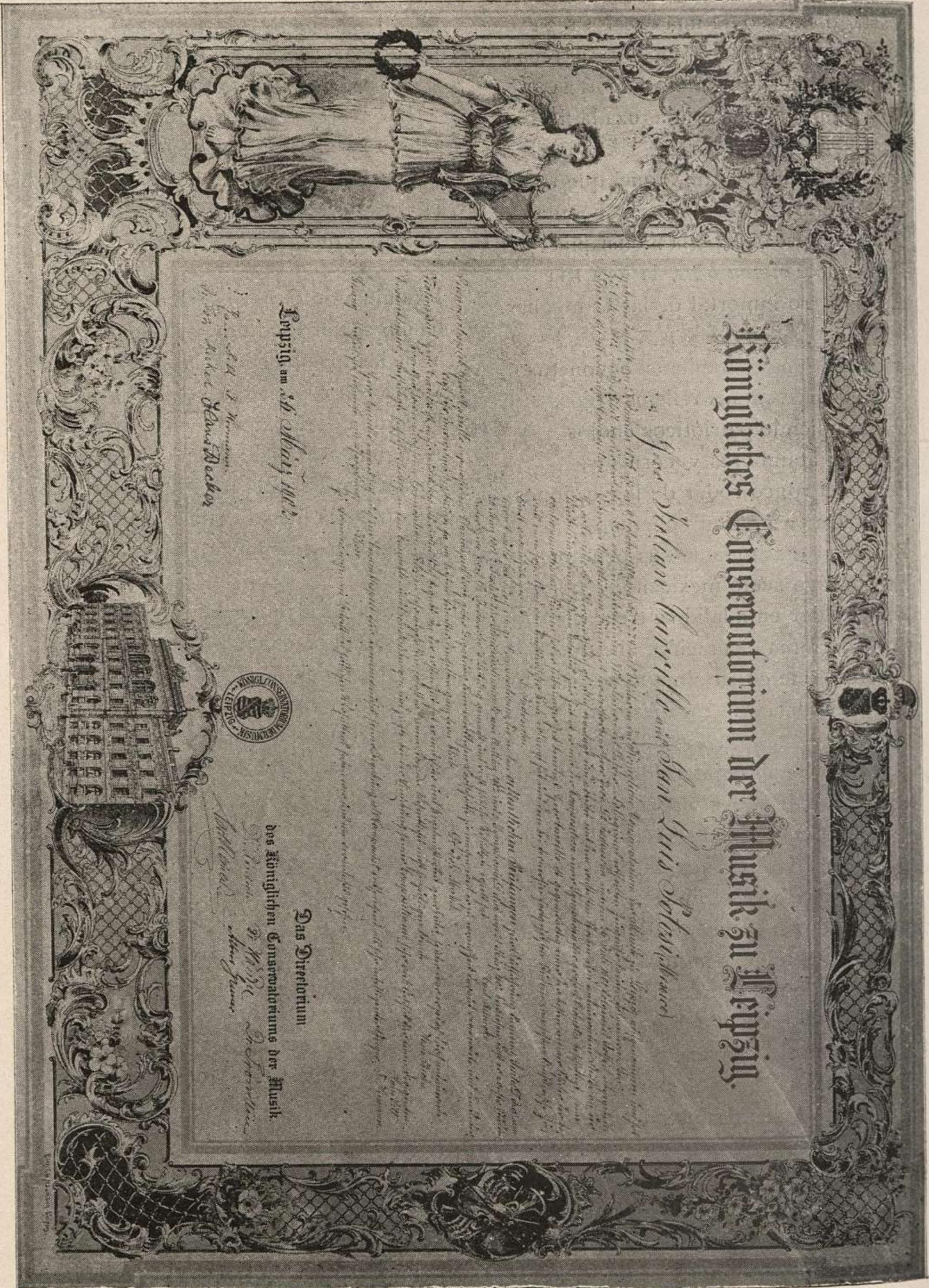
¡Oh victoria inmortal! No un pueblo solo
Recogió el beneficio soberano;
Derramaste el bien de polo á polo
Por todo el continente Americano.
Himno triunfal vibró de zona en zona:
El héroe había con su férrea mano,
Sin dejar ni la sombra ni el vestigio,
Despedazado el cetro y la corona:
Se alzaba vencedor el gorro frigio!

Sombra inmortal! de América los hijos
Deben rendirte adoración ferviente,
Seguir tus huellas, venerar tu ejemplo;
Entre afanes constantes y prolijos
Fuiste guía, mentor, legista, oráculo;
Por eso en nuestro hermoso Continente
Cada nación te servirá de templo
Y cada corazón de tabernáculo.

Marzo 21 de 1906.

MÁXIMO SOTO HALL.

(Guatemalteco).



Königliches Conservatorium der Musik zu Leipzig.

Herr Doctor Carrillo aus San Sebastian

Leipzig, am 26. März 1872.

Herrn Doctor Carrillo
aus San Sebastian



Das Directorium

des Königl. Conservatoriums der Musik

Dr. Carrillo
aus San Sebastian



Certificado otorgado al profesor Carrillo en Leipzig, Alemania.



EL CONCIERTO DE ANA MARIA CHARLES SANCHEZ, EN ARBEU.



Ana María Charles Sánchez.

Hace dos años, esta crisálida del arte era una flor en botón; hoy es una flor, mañana será un fruto. No le falta más que la consagración del dolor humano para ser una artista completa; hace soñar y sentir, aunque todavía no haga sufrir, que es el dón del verdadero artista; pero mañana que la vida la consagre en plena juventud —hoy es una artista adolescente,— hará vibrar al auditorio con el poder trasmisor de un temperamento apasionado.

Hasta hoy ha triunfado por la docilidad, que es la virtud de los que llegan lejos en arte, como en todas las proezas humanas. La inteligencia puesta al servicio de la obediencia en la época del cultivo, en el periodo del crecimiento, es una preciosa y rara cualidad que define á los predestinados. La deserción y la rebeldía en el tiempo en que el aguilucho se cree con alas de águila, ha hecho volcar muchos carros de Faetón en nuestra América y en nuestra raza, donde las facultades embrionarias, casi germinativas, se creen con vivacidad y pujanza para estallar en rosas, que preconizando la primavera, no pueden sino caer moribundas á la llegada de la primavera.

Por eso, cuando una preciosa flor de docilidad sigue la senda que han abierto con sudor de sangre los maestros como Luis Moctezuma, es semejante al agua que corre, que no tiene sino dejar correr sus linfas por el cauce amorosamente abierto, para que vuele en fugaz susurro y cante ledamente, y aumentando el dulce caudal, descansará hecha remanso reflejador del cielo del arte, y desbordada en raudalosa fuente, será más tarde á su vez fecundado-

ra de inteligencias dóciles, como ésta que hoy es flor del arte.

En Chopin es blanca, es diáfana, hace soñar con la limpidez de los arabescos y la tersura de los legattos; por eso su maestro escogió para ella el Nocturno más dulce, el de fa sostenido mayor, dedicado á Ferdinand Hiller, que es la queja de un alma adolescente. Los tres estudios (números 3, 5 y el de las teclas negras) fueron precursores de la revelación de su virtuosidad, del esfuerzo de impecabilidad tan codiciado y tan escaso de admirarse y proclamarse en el sentido neto del mote; y la «Campanella» de Liszt fué la prueba que la acercó más á la meta que sólo alcanzan los escogidos —que son bien pocos— y á la que llegan después de larga y fatigosa carrera. Y esta niña tiene apenas diez y ocho años! Ana María tiene las manos pequeñas de Chopin, y con ellas ha podido vencer á Liszt. Parodiando al insigne polaco, podría preguntarse ingenuamente: ¿sabrá ahora Liszt vencer á Chopin?



Luis Moctezuma.

En tanto que el maestro Moctezuma recoge el guante como el caballero de Schiller entre los rugidos de leones que ha despertado la menina interpretadora, la ha hecho tocar, y tocar magistralmente, el Concierto de Grieg, el poderoso y tierno continuador de la pléyade de los románticos

del piano: Chopin, Schumann, Brahms, Grieg, no escogiendo sino las más altas cimas de esa cordillera de nieves eternas y de volcánicas convulsiones del corazón humano. Ha tocado la suntuosa composición del noruego, tan fuerte en su arte como Ibsen y Björnson en el suyo, con un vigor y una osadía de buena cepa. El primer tiempo, de bravura espléndida y de agilidad funambulesca, iniciadas por un tema aspirado, breve, que se desarrolla en amplitud raudalosa, fué la confirmación de las aptitudes excepcionales de la pianista adolescente, dueña ya del entusiasmo lírico de la sala henchida de amantes de la música y admiradores de la pequeña vestal combustionadora del fuego sagrado. La poesía de los aires alados, la originalidad de los efectos sorprendentes por las bellezas tonales y exóticamente armoniosas, rotundamente impresas por la poderosa personalidad musical del compositor, fueron, no obstante, menos favorables á la pianista para realzar sus facultades, que la cadenza en que brilló en los espíritus alertas el fugaz cintilamiento de las escabrosidades técnicas ennoblecidas por rutilantes bellezas. La sala, caldeada por la sugestión de las voluntades aclamadoras, saludaba á la joven artista delirantemente, una lluvia de flores la bañaba de gloria como un homenaje de la primavera á la pequeña reina Titania abierta en flor. Desde ese instante, el triunfo de la concertista era un ensueño realizado á los ojos del joven maestro, que ha impreso su estilo de interpretación pura en sus discípulos. Las notas de ensueño del segundo tiempo largo y mesto, de una tristeza nostálgica y brumosa, de vaguedad errante, bordadas por los arcos y las suaves maderas, causaron una dulce impresión de consuelo, para volver á la radiante alegría del final vivo y exultante, de briosa y pujante juventud desbordadora de hermosura.

El joven maestro Julián Carrillo presentóse dirigiendo la orquesta al modo de Leipzig, sin partitura conductora, para dominar y subyugar á los ejecutantes, imprimiendo en sus espíritus la sutil voluntad subjetiva, educada en la ritual interpretación que en el moderno Areópago musical se da á las obras de los grandes maestros, por tradición y por purificación. Para su hazaña, el joven maestro escogió dos obras de ductilidad admirable, de pureza de ejecución exacta y fina, de efectos suaves y encantadores, de belleza indiscutible é insuperable: la obertura del *Freischütz*, de Weber, y la *Eleonora*, de Beethoven. La primera de un romanticismo de balada, la leyenda de Robin des Bois puesta en música pura por el noble esteta de apasionado amor á la vida, el pobre tísico calenturiento y visionario, revolucionario de las formas antiguas, y creador de nuevos procedimientos que debían medio siglo más tarde, encarnar en la poderosa alma creadora del melodramaturgo más fuerte que ha producido la humanidad. Weber era, por su temperamento ardiente y pasionario, el rheniano neto que debía fecundar el espíritu nebuloso y potente del norte; y sus concepciones, de las que *Freischütz* y *Oberon* son dos joyas de oro viejo que deben brillar en lo más alto de la tiara del pontífice de la música del porvenir, derraman una poesía de ensueño como el plenilunio de un bosque encantado; y para evocar la celeste música, los artistas, de pie como en Leipzig, devotamente puestos en aptitud de seguir las más delicadas indicaciones de matiz y de intensidad impresas por Julián Carrillo, escuchaban la armoniosa música interior que todo verdadero músico escucha en el acto de la elevación de la divina hostia del arte, en los momentos solemnes y sagrados de la interpretación y la evocación de las sombras augustas que flotarán eternamente so-

bre toda ejecución sinfónica hecha con amor.



Julián Carrillo.

Y la noche de Arbeau, la sombra de Weber, del divino enfermo del mal de ensueño, erraba en un rincón perdido del mundo, evocada por un sacerdote audaz por su juventud, pero consagrado por haber puesto esa juventud estudiosa al servicio del arte. El ronz de los cornos sonaba en sordina y lejanamente, con la poesía de la distancia que embellece todo lo lejano —así mi juventud como mi felicidad;— y el rumor del viento de las selvas susurraba como en las Bucólicas, y el fantasma del cazador negro barría su sombra medrosa tras la peineta espesa de los pinares, y la alborada del arte moderno, del impresionismo, que no es sino un viejo tapiz desempolvado, surgía dorada y luminosa en un alma enferma deificadora del gorjeo de las aves, del triscar de los silvanos en la ronda de ninfas, del melodioso són ancestro de la flauta de Pan. Weber es el precursor de los románticos, y su música la más bella del prewagnerismo musical.

El joven maestro no quiso dejar incompleta la nueva faz de su talento de guaidor de polifonistas, y como un contraste escogió la obertura *Eleonora*, de Beethoven, tan discutida y tan indiscutible, que siendo tres, es única, como el misterio teo-

logal. La sobriedad y el equilibrio en esa obra perfecta, de helenismo puro, de inmaculada nitidez, de transparencia diáfana, son cualidades inapreciables para los que escuchan la música hecha, el golpe del efecto esperado, la sonoridad calculada sabiamente por un matemático de los modernos orquestadores; pero sutilmente perceptibles para los auditores de esa música griega, divina, infatigable, que será escuchada á través de las edades con el arrobamiento con que el eremita escuchó en embelesamiento secular, el canto del pajarito de la gloria. La simplicidad y la belleza, desnuda casi de todo atavío que no sean sus propios encantos melódicos,

sus armoniosos y primitivos engarzamientos eurítmicos y cadenciosos, cadentes, como los bucles de la cabellera de una mujer hermosa, hacen de esa obertura un placer de inmortales, un sereno y manso encantamiento de los sentidos trasportados al ensueño de la bienaventuranza que hizo pintura Angélico de Fiésole y que hizo música Beethoven.

La preciosa obra, dirigida también sin partitura por el maestro Carrillo, fué la coronación del joven compositor como director de orquesta, y realzó la presentación de la discípula del maestro Moctezuma, como una perla de oriente puro engarzada en una antigua joya de oro viejo.

RUBÉN M. CAMPOS.





¿TE ACUERDAS?

A JUANA

De «Lira Libre.»

El sol en el blanco pico
 que finge erupción de gualda;
 y la brisa un abanico,
 la pradera una esmeralda;

á la orilla de un riachuelo
 que perenne canto entona,
 decora una casa el suelo
 y una colina corona.

A la puerta enorme perro
hace de fiero guardián,
y por la falda del cerro
las reses vienen y van.

El toro lanza un bramido
mezcla de reto y reclamo,
y al apagarse, de un nido
parece oírse: *te amo*.

El follaje da al soplar
manso viento pasajero,
del monólogo del mar,
un remedo casi entero.

Y las aves en bandadas
de innumerables colores,
son banderas desplegadas
de misteriosos señores.

El sol la tierra caldea,
dobla su tallo la rosa
y sus alitas menea
cansada la mariposa.

Se oye el canto de un zagal
que renombra á su zagala,
el zumbido de un panal
ó el trabajar de una pala.

Huele á tierra removida,
á tomillo y á verbena;
y por la senda escondida,
tu paso se alza y suena.

¿Te acuerdas?...De la mansión
con nuestros hijos enanos
y uno mismo el corazón,
éramos los castellanos.

JESÚS E. VALENZUELA.





NOTAS SOBRE "CLAUDIO OROÑOZ"

Claudio Oronoz, novela por Rubén M. Campos.—México. J. Ballecá & C^a Sucs., Editores. 1906.—El florecimiento de la novela corresponde, en los tiempos modernos, al más alto y vario desarrollo de las literaturas nacionales, y se relaciona, además, con la evolución general del país en que se produce. Así se observa que entre los pueblos hispano-americanos, los que principian á tener producción novelesca abundante y arraigada, son aquellos cuyo progreso material es más completo y rápido: Chile, la Argentina y el Uruguay en el Sur; México en el Norte. Se dan casos raros: Puerto Rico, que ni en el orden literario ni en ningún otro puede presentar más que un mediocre desarrollo, ha producido á Zeno Gandía, uno de los más genuinos y poderosos novelistas de nuestra América; Cuba, isla próspera, no ha dado uno solo que pueda llamarse tal. Pero Cuba y Puerto Rico, pueblos de escasa imaginación, aunque no despro-

visto de fantasía el primero, de excepciones siempre asombrosas el segundo, han seguido como colonias una evolución anormal. Estúdiense las literaturas de Colombia y Venezuela, y se encontrará en sus novelas, notables á veces por el estilo ó por la psicología, la falta de cierta seguridad en el procedimiento, sobre todo en el dibujo del medio ambiente, que evidencia en el novelista la certeza de contar con un público, siquier corto, pero cercano y nacional; en cambio, esta seguridad se descubre (y escogiendo al azar) en el chileno Rodríguez Mendoza, en el uruguayo Acevedo Díaz ó en el argentino Ocantos.

La nueva obra de RUBÉN M. CAMPOS no está total pero sí suficientemente "adaptada al medio" en que se produjo: denuncia, por su factura, que no habría podido ser escrita si no la hubiesen precedido otras muchas narraciones mexicanas que han comenzado á preparar el terreno para

los florecimientos del futuro. CLAUDIO OROÑOZ, sin contener una sola concesión al mal gusto, no es una novela escrita exclusivamente para intelectuales. Y esta circunstancia es tanto más digna de atención, cuanto que el autor es de antaño conocido por su refinado gusto literario y su estilo elaborado. Joven aún, no lo es ya tanto para lanzarse en las orgías de intelectualismo, que suelen ser los primeros frutos de los noveladores de nuestras tierras.

Campos no ha pecado de este modo: las inseguridades y deficiencias que pueden censurársele son de otro género. Primeramente, hay falta de rigor en su realismo, por otra parte vigoroso y discreto: esto, por la tendencia á desenvolver algunos sucesos con excesiva facilidad ó prescindiendo de los detalles, como ocurre en todo lo referente al *modus vivendi* de José Abreu. La realidad resulta, si no falseada, amputada por el deseo de presentarla sólo en los aspectos que se desearía tuviese. A más, la declaración de la enfermedad de Oronoz, hecha desde los comienzos, sin duda por evitar que luego pareciese un recurso melodramático, resta á la narración el interés de la lucha y obliga á desarrollarla con cierta uniformidad monótona. Con todo, la novela de Campos tiene rasgos de maestro: distínguese por un dibujo psicológico señ-

cillo y correcto, sin desigualdades, que no es analítico ni pretende ser útil ó atrevido; abunda en situaciones hermosas, llenas de sentimiento y verdad humana, momentos magníficos, como el final del baño en el Lago Chapala, y detalles curiosos y pintorescos como los de la vida bohemia de la capital mexicana.

En cuanto á la descripción y el estilo, son por todo punto admirables y brillantes en plenitud de audacia y originalidad; en modo alguno disonantes ni prolijos. Mérito eminente de Campos es la habilidad con que adapta su estilo d'annunziano á la pintura de la vida moderna y ciudadana, sosteniéndolo siempre en una altura de pulcritud intachable que no traspasa los límites en que la elegancia se transforma en afectación y el himno entusiasta en tirada declamatoria.

CLAUDIO OROÑOZ es obra reveladora de un gran temperamento artístico, de un espíritu elevado que contempla la vida universal con ojos de panteísta y funde en un solo credo sus sentimientos humanos y sus ideales poéticos. Ese espíritu está destinado á producir, en el porvenir inmediato, algunas de las páginas más brillantes de la nueva literatura mexicana.—Pedro Henríquez Ureña.—*"Revista Crítica"* de Veracruz.





PUREZA

La pura
blancura
--sagrario inviolado--
de tu carne, hermana,
aún no ha profanado
la pupila humana.

Tu boca,
que evoca
virgíneos amores,
aún tiene poesía.....
¡Nadie todavía
respiró sus flores!

Tu mano,
que en vano
procura mi pena,

es blanca cual una
mística azucena
bañada de luna.

Tranquila
pupila
que al amor se esconde....
Lago inmaculado....
¡Claro espejo donde
nadie se ha mirado!

Pureza
que reza
y todo lo ignora....
Tu voz sólo sabe
--cuando ríe ó llora--
cantar como un ave.

FRANCISCO VILLAESPESA.



POLIFONARIO

Crónica de «El País.»

Hace algunas noches, Amado Nervo dió, en el Ateneo de Madrid, una interesante conferencia sobre los poetas mexicanos. Antes de comenzarla, y mientras el Ateneo se iba poblando de bellas y elegantes damas, Nervo y algunos amigos entreteníamos nuestra espera tomando café y fumando cigarros en el salón de tapices. Nervo, que es un maravilloso poeta, es, al mismo tiempo, un conversador amenísimo, y el recuerdo que deja su charla, florida de anécdotas, no es menos amable que la evocación de sus bellos y armoniosos versos. Se hablaba de literatura, porque, entre nosotros, estaba el presidente de esta sección del Ateneo y, además, porque, en toda reunión de literatos, se suele hablar de literatura, á la manera como en una reunión de panaderos se habla de pan, ó como en una Asamblea de carpinteros se desarrollan los diversos temas de la carpintería. Y en el curso de la conversa-

ción, Amado Nervo, nos anunció un libro.

—Voy á hacer un devocionario lírico— nos dijo,— un libro de oraciones en verso, con aprobación de la censura eclesiástica, y, si es posible, con la concesión de algunas indulgencias para los devotos que lo leyeren.

El anuncio de este libro pareció algo extraño, y uno de los amigos se dirigió á Nervo:

—Será un devocionario irónico.

Nervo protestó vivamente:

—Nada de ironía. Si tuviera ironía no tendría gracia. . . .

Después, Nervo me explicó su plan. Es el plan de un poeta: un poeta lleno de misticismo en un avatar de absoluta inmoralidad. Quiere hacer un libro religioso con tapas de marfil y broches de plata, poner la aprobación eclesiástica y los días de indulgencia al principio, y comenzar todas

las oraciones con mayúsculas de carácter gótico impresas en tinta roja. Esto por lo que respecta á la parte material del libro, distinto de las plebeyas y profanas ediciones modernas, y digno de contener, cerrado con sus broches, como una arca santa, el espíritu divino de Teresa de Jesús. Pero el anhelo del poeta no es este. El anhelo del poeta místico no puede ser más pagano. Lo que él quiere, es imaginarse á esas muchachas religiosas de los pueblos con sus versos en los labios, floreciendo en una media voz fervorosa, bajo la paz solemne de las iglesias. Quiere que esos versos, de intención impura, expresen los más puros sentimientos de las vírgenes provincianas; que éstas los pronuncien de noche, en la soledad de sus dormitorios, mientras van despojando su cuerpo de vestiduras, y que se duerman santamente á la mitad de la estrofa que les había de dar indulgencia por los pequeños pecados del día.

El poeta de las *Místicas* es un terrible satánico. Y lo más curioso está en que sigue siendo místico. Amado Nervo es místico por añoranza sentimental y á despecho de su inmoralidad intelectual. Hace tiempo he contado la educación rigurosa-

mente cristiana á que estuvo sometido en su juventud y el sedimento que esta educación había dejado en él. Vinieron después las correrías por el mundo, las copiosas lecturas demoledoras, y Nervo se transformó. Pero su espíritu permanece iluminado por la misma luz. Actualmente, Nervo es un poeta sacrilego, que se da cuenta del sacrilegio y que siente en el alma su escalofrío voluptuoso. Su ideal sería creer en Dios firmemente y robarle una esposa, y sentir, con el tránsito del placer, el miedo de la terrible vindicta. Es un caso de muy extraña complejidad mental, pero es armonioso de un modo inefable. Su jardín está poblado de flores malditas. Lo que ocurre es que las flores son tan bellas y fragantes, que la más casta doncella formaría con ellas un ramillete y lo pondría sobre su corazón.

El libro de Nervo se titulará *Polifonario*. Yo no sé si estas revelaciones podrán perjudicar su buen éxito. Si en efecto lo perjudicaran, yo, que soy indiscreto por deber profesional, lo sentiría, seguramente, tanto como él.

JULIO CAMBA.





INSTANTANEA

A la Srita. Graciela Castro.

Graciela es igual que gracia,
Y resume y significa
Belleza y aristocracia:
Dos cosas de Costa Rica.

Tu mirada el gozo enciende,
Porque en la intensa negrura
De tus ojos como un duende
Habita la travesura.

Vino tu boca hechicera
A este risueño país
Dentro de una bombonera
Importada de París.

Dos juguetes son tus manos
Y tus pies dos chucherías;
Como dijes venecianos
O lindas japonerías.

No existe en ninguna tela
Más hermoso serafín,
Y eclipsas á la Graciela
Pintada por Lamartine.

Tu charla con que cautivas
Reparte halagos y agujas
Y tus frases son festivas
Y alegres como burbujas.

Y tu risa es un gorjeo,
Un compás de serenata,
Un dulce y loco volteo
De una esquilita de plata.

EFRÉN REBOLLEDO.

Guatemala, Mayo de 1906.



LOS QUE SE VAN.

BALTASAR MUÑOZ LUMBIER

Cayó sin decadencias seniles ni desfallecimientos crepusculares; como él había soñado caer: en plena madurez de vida y en plena floración de pensamiento. La parca vino á la hora prefijada. Y un cortejo de Panatheneas lo acompañó con su coro de remembranzas perdurables. Y una theoria de Canéforas vació en su sepulcro la ofrenda de sus canastas rebosantes. ¡Lo queríamos tanto!...

En este egregio desaparecido no sé lo que preponderaba: si el corazón ó el cerebro. Era un gran pensador y también era un gran bueno. Su vida fué, con la frase del poeta, pequeña por el tamaño como las monedas del Libia; pero grande por la vibración como las rodela legendarias. Al tener noticia de su muerte, pensé con mi amado Duque: ¡Es día de Navidad en las montañas del Olimpo!

Se había conquistado llegar hasta el alto solio de Júpiter. Fué un paladín del Demos

miserable. Su espíritu, serenizado por la sabiduría, era devoto del Pueblo é idólatra de la Libertad. Nació demagogo en la más respetable acepción de esta discutidísima palabra.

No entendió la política como «el arte de disfrazar de interés general el interés particular.» Aprendió con el filósofo britano, que el valor de un Estado no es otra cosa que el valor de los individuos que lo componen; y en toda su vida pública se ve la tendencia á dignificar y levantar el espíritu de sus conciudadanos. Fué «profesor de energía» en una época de debilidades punibles. ¡Cuántas catilinarias brotaron de su pluma, docta en bellos decires y en hondos pensamientos; y cuántas veces su látigo de burlas vibró para castigar las bajezas de Eustasio ó las ruindades de Veleyo Patérculo! Y sin embargo, jamás supo de odios, pues si los tuvo, podían traducirse, como los de Altamirano, en amor á la Ver-

dad, á la Justicia y á la República. ¡Era un gran bueno!

Sus ideas filosóficas fueron las de un moderno, depurado de dudas y fortificado por la Ciencia. No bebía el santo vino en la copa tradicional del Evangelio. Pasó por las Pagodas, por las Mezquitas y por las Catedrales, sin ver en ellas más que un símbolo de las creencias de otros. Su doctrina era amplísima; creía con Rosny que «cada uno debe formarse su religión y ser su propio sacerdote.» Amaba á Júpiter esplendoroso de fuerza. Amaba á Jesús, bello de amor y sublime de sacrificio. Amaba á Isis, la Virgen imagen de castidad y de belleza. Y amaba á Siddartha, predicando que «la mansedumbre es dulce y dulce también la benevolencia.» Mas no era un panteísta. Los amaba sólo como emblemas de excelcitudes morales y de heroísmos de voluntad. Era un ateo. Profesaba el ateísmo sólido y fecundo, que es glorificación de la Ciencia y expansión elevadísima del genio, y que, como el de Ignacio Ramirez y el de Ezequiel Cuartas Madrid, pudo responder gloriosamente á Julio Simón, que decía: ¿Cómo esperar que esta juventud, que no cree en Dios, crea en el deber y en el sacrificio? El se había hecho una religión del bien. ¡Ah, era un gran pensador!

Y también fué poeta. Nació cultor de la Belleza inmortal y del ensueño glorioso. Su imaginación se desbordaba en imágenes como una cascada se desborda en espumas. Sus discursos no son más que poemas de armonía y de fuerza, en que presenta panoramas de ideas, paisajes de humanidad y cuadros de arte y pensamiento. Su numen poliforme vibró á todos los vientos del espíritu. Ya ciñe cota, abraza rodela, empuña tizona y se lanza á combatir por todos los derechos y por todas las libertades. Ya autopsia almas, disecciona sentimientos, escarpeliza pasiones, y hace rugir estrofas, en cuya sonoridad profunda palpita mucha humanidad y refulge una videncia sibilina. O en el misterio propicio de la noche asciende por la escala de Romeo á musitar ingenuidades sublimes en los oídos de Julieta,

O luce aulédico atavio y es un cortesano que enflora galanterías y prende madrigales en los corpiños de seda, mientras las damas se inclinan con rítmica genuflexión y el minué vuela pausado y elegante. Pero amador ó paladín, filósofo ó cortesano, en la sinfonía que levantan sus estrofas, destaca, sobre todos los temas, el «motivo» piadoso y almo del pueblo desvalido. Y así pasó su numen, ante mil éxtasis devotos, enarbolando como insignia un harapo: ¡los harapos son banderas destrozadas en las luchas de la vida!

Fué maestro de dos generaciones. Una vez el odio de partido lo arrancó de la cátedra ganada á fuerza de talento y de estudio, y él, entonces, como Cristo en el milagro de los panes, multiplicó su cariño que á todos entregaba, y siguió prodigando gratuitamente sabiduría y enseñanzas. Dedicado á cultivar ajenos jardines, sofocó en mucho el florecimiento de sus rosales y el brote de sus lirios. Por eso su obra principal está en el cerebro y en el corazón de todos los que siendo sus discípulos fuimos también sus hijos.

No alcanzó la popularidad que se merece su alto ingenio, porque encerrado en un rincón de la provincia y desdeñando la publicidad periodística como vehículo de arte, deja casi ignorada su meritisima labor que reclama el advenimiento de una gloria póstuma. *Clarín* lanza un toque de esperanza: ¡Qué gran vino cuando lo beban nuestros nietos!

Y allá, lejos del hogar bienhechor de ternuras y alegre de gorjeos infantiles, en un destierro voluntario al que fué condenado por su dignidad irreductible que no toleraba la vida en un medio de bajezas, sintió los primeros esfuerzos del alma que rompía su cárcel, y sólo volvió á su esposa y á sus hijos, para morir entre ellos, en una mañana gris que quizás inspiró á su agonía una ambición como la de Oswaldo: de sol y de dulzuras luminosas.

Feliz tú, maestro, que fuerte de sabiduría y magnífico de genio, navegas ya en tu ataúd prematuro á través de las ondas del

enigma formidable! ¡Cómo envidio tu suerte, yo que, hijo del Siglo, voy por la existencia con el cuerpo agobiado de ancianidades precoces y el espíritu enfermo de filosofías incurables, sin que en los surcos que el dolor ha abierto en mi alma caiga un grano de fe ó una simiente de esperanza!

¡Feliz tú, Señor, que en tu tálamo de si-

lencios, disfrutas de un nirvana deleitoso y perenne que tanto ansío, ya que «después de leer todos los libros, he hallado que la carne es triste,» y ya que después de recorrer todos los horizontes me he convencido de que «lo único que tiene un sentido justo es la palabra: ¡NIHIL!»....

ALFONSO CRAVIOTO.

LEANDRO IZAGUIRRE



dro Izaguirre, el inteligente y modesto pintor, que á los comienzos de la *Revista Moderna* trabajó asidua y desinteresadamente en ella, obsequiándola con hermosos dibujos. Pronto este periódico publicará nuevas creaciones de este viril artista. Durante su permanencia en Italia, mandó Izaguirre á la Academia Nacional de Bellas Artes, innumerables trabajos originales, y de España, como quince copias de Velázquez, Rubens, Goya, etc., etc.

Verdaderamente nos felicitamos de la llegada de nuestro apreciable amigo, y *Revista Moderna* se regocija de contar de nuevo en su seno á Leandro Izaguirre,

Después de cuatro años. de permanencia en Europa, pensionado por el Gobierno Mexicano, ha arribado á esta capital Lean-



LOS LIBROS NUEVOS

“Opiniones,” por Rubén Darío. EDICIÓN DE FERNANDO FÉ, MADRID. 1906.— Es á manera del «sketch-book» de un pintor ilustre, el más reciente libro de Rubén Darío. —Apuntes de figuro, impresiones de paisajes, siluetas de seres y de cosas, «croquetons,» «pochades.» Sólo que la página del libro de apuntes toma bajo la poderosa mano del maestro, magnitudes inesperadas y «hace cuadro,» se agranda por su armonía, se hace intensa y cautivadora.—Sabemos bien que ese libro está formado de crónicas destinadas á la prensa y notamos que esas crónicas son para el grande artista algo como una gimnasia cotidiana, merced á la cual mantiene el eterno vigor y la incansable agilidad de su espíritu. Sobre esa labor de atleta admirable, culminan de tiempo en tiempo las heroicidades literarias de Rubén Darío, que se llaman «Los Raros,» «Prosas Profanas,» «Cantos de Vida y Esperanza.» Entonces Rubén Darío es el prócer absoluto, el poeta cuyo reino abstracto no confina con ninguna de las demarcaciones de la tierra,

En sus crónicas, en su labor de diarismo, en «Opiniones,» es un príncipe benévolo que se digna vestir un traje ciudadano y andar por las calles codeándose con todo el mundo. . . .

Pero aun despojado de su púrpura no deja el viandante de ser alteza y siendo cronista el poeta no olvida su fuerza. En la crónica de más frívolo asunto está la huella de la garra leonina. Muere Zolá el gigante víctima de la más estúpida contingencia como Curie el sabio que encendió para toda la eternidad la lámpara del radium misterioso, y Darío evoca su memoria en un basto treno y le alza una estatua simple, robusta, intensa como un mármol de Rodin. La figura frágil y cándida de León XIII poeta, es ofrecida por Darío, como en rito eucarístico, y como una hostia se difunde en el alma.—Del violento y primitivo Gorki; del poeta greco-parisino Moreas; del «veinard» y petulante Rostand que parece haber escapado en esta tierra á las leyes del Dolor y á su gravitación abrumadora, de Herry, de Groux el pintor admirable y lamentable,

el sapo que tiene un diamante en la cabeza, de Isadora Duncan, la «Dansatria» del Vaticano pero fragante y carnal; del místico y sensual Remy de Gourmont..... Rubén Darío nos da intensos retratos, semblanzas únicas y totales. Sólo al hablar de Rollinat creo distinguir en el autor de «Opiniones» un desvío poco piadoso. Fué todo vesania en los trances de ese espíritu angusto? Su número desencaminado seguirá por nuestra culpa tras de una implacable reja de reprobación? *Post mortem*, en el dintel del paraíso de Ideal adonde tendió toda su vida angustiosa, un arcángel airado cruzará su espada de fuego? Reflejo y eco de Poe y de Bunde-laire, dice Rubén Darío. Es cierto; pero qué peregrino no recibe un reflejo al caminar bajo la bóveda llena de astros? Menos superficial que esos reflejos era la armadura negra de dolor, de angustia que Rollitan llevó ceñida al cuerpo lacerado, cuando pasó por la tierra hollándola con sangre hasta la terrible y final estación.... Y ese maravilloso tomo de versos: «La Nature,» lleno de frescuras y de fragancias, sencillo y bueno, no redime al pobre poseído de «Las Neurósis» de la excomu-nión formidable, restituyéndole una alma intacta y trasparente? Allí el «lobo,» mansamente, fué el hermano de San Francisco de Asís y con él entró á la paz serena de su claustro.

Amo á Rollinat hondamente; al nocturno y helado viento de su genio se abrió en mi alma una flor de poesía. Y amo á Rubén Darío y lo admiro y en mi patria he pugnado, mucho tiempo ha, porque se le admire y se le ame. Por eso se hizo en mí un conflicto, un pésame, al notar el desvío del autor de «Los Raros» por el ardiente y sombrío amigo de mi juventud.

«Opiniones» será leído en México con el mismo interés é igual dilección con que han sido leídas las obras anteriores

del ilustre poeta, en quien los intelectuales saludamos á un maestro, en quien las masas discernen con seguro instinto á un gran revelador de Belleza.

* * *

“Raza Vencida,” por Max Grillo. BOGOTÁ, 1905.—Como de molde, después de lo anterior vienen las frases que en seguida copiamos y que Grillo escribe en el prefacio de su bello poema: «De aquí las floraciones de arte francés ó griego en medio de la selvática incuria de nuestras labranzas tropicales. Pobre de originalidad será la existencia que nos ha tocado, mas debemos vivirla con la intensidad de que seamos capaces. Si no alcanzamos á dar á las cosas familiares interés digno de atraer á los compatriotas, menos lograremos conquistar á las gentes forasteras, al rimar ó exprimir los temas que para ellas son de doméstico trato. La ley de la división del trabajo también debe aplicarse en el terreno del arte. Los franceses, los alemanes, no exigen de nosotros que les descubramos sus paisajes hermosos, ni las reconditeces de sus almas; vastos y poderosos ingenios lo han hecho en aquellos países. Los extranjeros nos piden cuadros de nuestra vida tormentosa de pueblos en ebullición, pinturas de los paisajes andinos, psicología de nuestras aimas veleidosas y ardientes.»

He dicho que es bella la tragedia «Raza Vencida,» de Max Grillo.

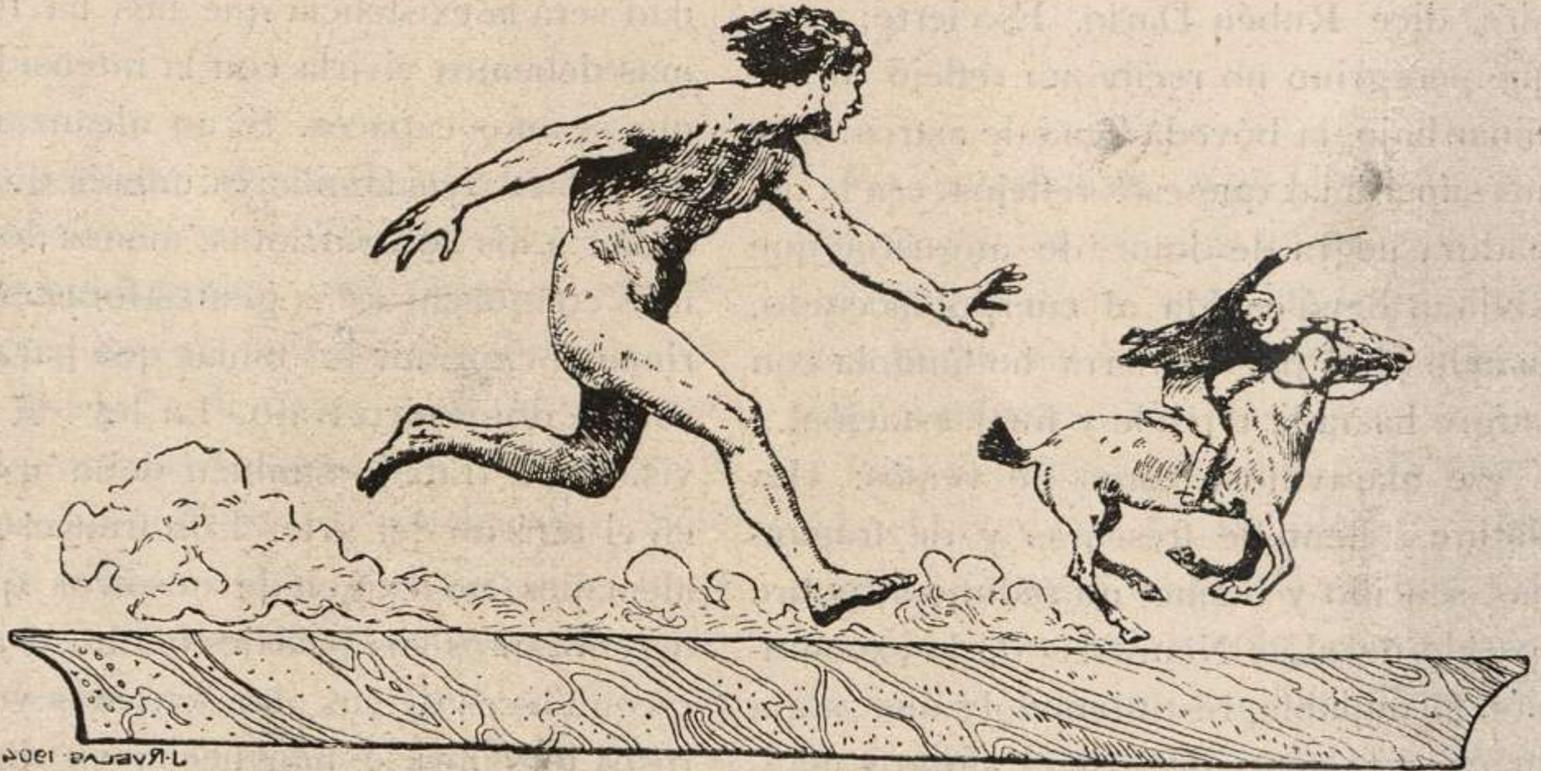
Tiene una salvaje y agreste simplicidad. Sus tipos, movidos por emociones tan primitivas como son los sentimientos religiosos y genésicos, pasan por el poema con actitudes rudas y sumarias como los personajes esculpidos en los petro glifos ó los dibujados en los viejos códices. La fantasía del autor es sobria y se ve que su con-

cepción de los chibchos reposa sobre sólidas nociones arqueológicas. La versificación es fluida, pero severa; el lirismo está contenido por una discreta armonía. Tiene la obra carácter, tiene color local; pero no es hermética, ni está erizada de regionalismos. La única frase de la len-

gua votiva usada como ritornelo da una nota justa de exotismo y de misterio.

En resumen, «Raza Vencida» es una muy recomendable obra literaria, de grata lectura y que merece un buen lugar en la bibliografía americanista.

J. J. T





“Los hijos de Cain,” del escultor polaco P. M. Landowski.—Adquirido por el Estado en Francia.



LA MARISCALA BAZAINE

Conocí á la mariscala Bazaine, en Coyoacán, en la suntuosa y pintoresca mansión que Jesús Valenzuela habitó muchos meses del año de 1891.

Los vecinos de Coyoacán llaman Panzacola á ese lugar que habitaba Valenzuela, lugar muy propicio para la meditación y para el ensueño, especialmente en esas tardes de Septiembre y de Octubre, cuando después de la lluvia el dulce y melancólico cantar de las ranas y la caída de las hojas amarillas traen á la memoria recuerdos muy vagos como de acontecimientos muy lejanos, sucedidos en otras vidas y tal vez en otros mundos.

A la mesa, siempre hospitalaria y siempre espléndida de Valenzuela, el poeta prócer, sentábanse entonces otros próceres de la política, de las finanzas y de la Banca, sentábanse también escritores y artistas incipientes.

Entre las damas, una por su ingenio, por su talento natural, y por el nombre histórico que llevaba, atrajo sobre todas mi atención; se llamaba Pepita Peña, era la hija del mariscal Bazaine, y á pesar de

su «embonpoint» que no llegaba á obesidad, y de su sencilla y modesta indumentaria, tenía no sé qué de atractivo y de encantador, que aun la hacían merecedora al pomposo título de Mariscala Bazaine.

Yo no podría ahora precisar exactamente quiénes eran los próceres que entonces sentábanse á la mesa de Valenzuela.

Eranme totalmente indiferentes sus títulos, me interesaban nada más la mariscala y los jóvenes pintores y escritores que hoy tienen conquistado un nombre meritisimo en el Arte Nacional.

Pepita Peña no me interesaba precisamente por su título pomposo, sino por su dramático destino.

La conversación de los caídos, me ha parecido siempre más interesante que la de los encumbrados; la de éstos tiene que ser forzosamente mentirosa, y la de aquéllos siempre es sincera, y cuando yo veía á la mujer de ojos negros velados por grandes y muy largas pestañas negras, de negro vestida, deseaba anhelante escuchar de sus labios, algunos recuerdos de sus esplendurosos días en la Corte de Napoleón III.



El mariscal Bazaine, su esposa (Pepita Peña), su suegra (D.^a Josefa Azcárate) y sus dos primeros hijos.

Reconocí inmediatamente en ella un espíritu superior, porque la caída no la había abatido.

Jovial, ingeniosa, siempre vivaz, con su modesto traje negro, era en Coyoacán, seguramente lo mismo que había sido en la Corte del Segundo Imperio, la dama elegante y distinguida y espiritual é inteligente que miraba la vida cara á cara, lo mismo en la prosperidad que en la desgracia.

Por aquel entonces, yo leía fervorosamente á Guy de Maupassant, y en un libro suyo titulado «Sur l'Eau,» encontré las páginas siguientes, que á continuación traduzco:

Otro día que pasar en Cannes.

A eso del mediodía sopló del Oeste otra vez, con menos fuerza que la vispera, y decidí aprovecharlo para ir á visitar la escuadra al golfo Juan.

Al atravesar la rada, el «Bel Ami» bai-

laba como una cabra, y tuve que maniobrar con esmero para no recibir, á cada oleada que nos cogía casi al sesgo, golpes de agua en plena faz. No tardé en ganar el abrigo de las islas, y me aventuré por el pasaje, bajo el castillo de Santa Margarita.

Su recta muralla cae sobre los peñascos que bate el oleaje, y su cima no excede en mucho la costa poco elevada de la isla. Se diría una cabeza hundida entre dos hombros.

Se ve perfectamente el lugar por donde bajó Bazaine. No era necesario ser hábil gimnasta para dejarse resbalar por las complacientes rocas.

Esta evasión me ha sido referida con grandes detalles por un hombre que pretendía y podía estar bien informado.

Bazaine vivía con bastante libertad, y recibía diariamente la visita de su mujer y de sus hijos. Madame Bazaine, de carácter enérgico, declaró á su marido que se iría con sus hijos, para no volver, si no consentía en evadirse, y le expuso su plan. Vacilaba el Mariscal ante los peligros de la fuga y la inseguridad de un resultado favorable; pero convino en ello cuando vió á su esposa resuelta á cumplir su amenaza.

Todos los días se introdujeron en la fortaleza juguetes para los pequeñuelos, una minúscula gimnasia, y con estos juguetes se fabricó la cuerda de nudos que había de servir al Mariscal. Se preparó con lentitud, á fin de no despartar sospechas, y se ocultó con cuidado, en un rincón del patio, por una mano amiga.

Entonces se señaló la fecha de la evasión, escogiéndose un domingo, por parecer la vigilancia menos severa en aquel día.

Madame Bazaine se ausentó por algún tiempo.

Paseaba de ordinario el Mariscal hasta

las ocho de la noche en el patio de la fortaleza, en unión del Director, hombre amable, cuyo trato le agradaba. A seguida se recogía á sus habitaciones, que el carcelero mayor cerraba con cerrojos y candados en presencia del director.

En la tarde de la fuga, Bazaine fingió estar indispuesto, y se recogió una hora antes que de costumbre. Penetró, con efecto, en sus habitaciones; pero tan luego se hubo alejado el director para ir en busca del carcelero y prevenirle que encerrase al momento al cautivo, el Mariscal salió precipitadamente y se ocultó en el patio.

Cerraron el calabozo, vacío, y cada mochuelo se marchó á su olivo.

A cosa de las once, Bazaine salió de su escondite con la escala, la sujetó y se descolgó hasta las rocas.

Al amanecer, un cómplice desató la cuerda, dejándola caer sobre las peñas.

Serian las ocho y media cuando el director de Santa Margarita preguntó por su prisionero, sorprendido de no verlo, ya que el Mariscal se levantaba temprano.

El ayuda de cámara de Bazaine se negó á dejarle entrar en el cuarto de su amo.

En fin, á las nueve, el director penetró á la fuerza y encontró la jaula sin el pájaro.

Por su parte, Madame Bazaine, para poner en ejecución sus proyectos, había ido á verse con un sujeto á quien su esposo había prestado señaladísimo servicio. Se dirigía á un pecho agradecido y se conquistó un aliado tan fiel como enérgico. Los dos juntos cocertaron todos los detalles. Madame Bazaine pasó á Génova y fletó con nombre supuesto, y pretextando una excursión á Nápoles, un vaporcillo Italiano, por el precio de mil francos diarios, estipulando que el viaje duraría por lo menos una semana, y que podría prolongarse otro tanto en idénticas condiciones.

Dióse á la vela el buque; pero apenas tomó la mar, la viajera pareció cambiar de

La Maréchale Bazaine

13 Otre
1867

Autógrafo de Pepita Peña de Bazaine.

resolución, y preguntó al capitán si no le desagradaría tocar Cannes para recoger á su cuñada. El marino consintió y ancló, en la noche del domingo, en el golfo Juan.

Madame Bazaine bajó á tierra, recomendando que no se alejase la barca. Su adicto cómplice la aguardaba con otra barca en el paseo de la Croisette, y cruzaron el pasaje que separa del continente la pequeña isla de Santa Margarita. Su marido estaba en las rocas con el traje rasgado, arañado el rostro, ensangrentadas las manos. Como el mar era recio, tuvo que entrar en el agua para llegar á la barca, pues ésta se había estrellado contra la costa.

Cuando volvieron á tierra se abandonó la lancha.

Pasaron á la primera embarcación y luego al vapor, que estaba listo á partir. Madame Bazaine declaró al capitán que su cuñada estaba algo indispuesta, que no le era posible viajar, y señalando al Mariscal, añadió:

—Como no tenía criado, he tomado un ayuda de cámara. Ese imbécil se ha caído en las rocas y se ha puesto como usted ve. Envielo usted con los marineros y hágame usted el favor de mandar que le den con qué curarse y coser sus vestidos.

Bazaine durmió en el entrepuente.

Al otro día, al alba, estaban en alta mar; Madame Bazaine, cambió de nuevo de proyecto, y declarando que estaba enferma, mandó hacerse llevar á Génova.

La noticia de la evasión era ya pública, y el pueblo, prevenido, se agolpó, vociferando, bajo las ventanas de la fonda. El tumulto llegó á adquirir tales proporciones,

que el fondista, asustado, hizo escapar á los viajeros por una puerta secreta.

Doy esta relación como me la contaron, sin afirmar nada.»

* * *

Y una tarde de Domingo, después del café en la mesa del poeta mencionado, se organizó una partida al Pedregal cercano á Panzacola. Temprano había llovido; el cielo límpido auguraba un crepúsculo fresco y magnífico, los sapitos verdes parecían esmeraldas á las orillas de los charcos, y alegres lanzaban su melancólico cantar al aire perfumado de la tarde que caía; el mar de lava volcánica se perdía en verdosas ondulaciones, hasta la falda del Ajusco, y desde el Occidente, un sol intenso, rojo y deslumbrador, llenaba de sangrientas manchas el pedregal y las nevadas cimas de los volcanes.

La mariscala parecía triste aquella tarde; á los postres no estuvo tan jovial como otras veces, y al emprender el corto paseo por el mar de lava petrificada, iluminado por la roja luz del sol de Octubre, la ofrecí mi brazo; lo aceptó, y le hablé de las páginas de «Sur l'Eau.»

Le mostré el libro que yo llevaba en el bolsillo; rápidamente leyó las líneas citadas, y devolviéndome el tomo, y mirando de frente al sol que se moría, me dijo en francés, con acento de melancólica energía:

—Il n'y arien d'exageré. . . . J'ai trouve tout naturel de sauver mon mari.

ALBERTO LEDUC.

[De la «Gaceta»].

Con la muerte del Señor Lic. D. Emeterio Robles Gil, acaecida en la Capital de Jalisco el pasado mes, desaparece una de las sobrevivientes grandes figuras de nuestra progresista revolución de reforma.

Nacido el Señor Robles Gil en 1830, tuvo la dicha de ver la obra de los Juárez, Ocampo, Degollado, Arriaga y tantos otros, entre los que figuró la noble figura del desaparecido Robles Gil, coronada por la paz y el progreso de que actualmente disfruta la República Mexicana.

No sólo en los campos de la política fué superior el hombre singular cuya pérdida lamentamos. En el foro figuró como uno de nuestros más esclarecidos abogados, y como particular siempre fué un modelo de buenas maneras y caballerosidad, y ejemplo insigne en todo el país por su lealtad y honradez.

El duelo por la muerte del Señor Lic. Don Emeterio Robles Gil, no solamente lo llevan con justicia el Estado de Jalisco y



Lic. D. Emeterio Robles Gil.

el país entero; sin exageración, puede decirse que lo lleva la humanidad por uno de sus más egregios varones.

La «Revista Moderna,» llevará eternamente en su memoria los grandes servicios prestados á la patria por el Lic. Robles Gil, y al dar el más profundo pésame á sus distinguidos deudos, expresa su dolor por la pérdida del ilustre patrio.



Los reyes de España.



LOS QUE COMIENZAN.

LA GIOCONDA DE VINCI

(Para la Revista Moderna).

Es lánguida y fragante cual abrileña rosa;
 su faz está teñida de suave erubescencia;
 y sus ebúrneos hombros, bañados por la umbrosa
 cascada de cabellos en rizos de indolencia.

Su boca es inefable, sonriente y misteriosa. . .
 es una flor exótica rosada en pubescencia;
 es un clavel bipétalo de forma deleitosa;
 es una primavera de fértil florescencia!

Leonardo, tras dos lustros de apélica tarea,
 cual gladiador triunfante después de la pelea,
 se yergue ante Gioconda radiante de embeleso . . .

Y al ver la misteriosa, la lánguida sonrisa
 de su creación divina, se acerca á Mona Lisa
 y en sus floridos labios hace vibrar un beso!

JOSÉ L. DEL CASTILLO.

México, Enero de 1906.



REVISTAS

EL ESTADO DE CHIHUAHUA EN EL CENTENARIO DE JUÁREZ. 21 de Marzo de 1906.

—Es este el tomo primero de un par de volúmenes que contendrán el contingente que aquella Entidad Federativa aportó á la apoteosis nacional del gran Presidente; apoteosis que acabamos de presenciar todos los habitantes de México.

Contiene el libro de referencia, una reseña detallada de los preparativos hechos en todos los distritos del Estado, para la solemnización del primer centenario del natalicio de Juárez.

Los Poderes Legislativo, Ejecutivo, Judicial y Militar, en ejercicio en aquella fecha; la Junta Patriótica y la Delegación de la Comisión Nacional, locales, aparecen en las primeras páginas. Siguen los decretos dictados por el Congreso del Estado, declarando día de fiesta nacional el 21 de Marzo; contribuyendo el Estado para los monumentos y celebración de esa fecha; erección de un monumento en aquella capital, al Presidente Juárez y sus Ministros; creando el nuevo Distrito Benito Juárez. Vienen en seguida los informes de la Junta Patriótica; los programas á que se sujetaron las fiestas del

Centenario en la capital y en todas las poblaciones del Estado; los representantes que todos los Municipios nombraron para la procesión cívica que tuvo lugar en la Capital de la República; el pormenor de las mejoras materiales que se inauguraron en todo el Estado, en la gloriosa fecha; las escuelas, plazas, calles y lugares que llevan el nombre del Benemérito Juárez; las casas que habitó éste en su peregrinación á Paso del Norte, y la inscripción de las placas conmemorativas que se fijaron en ellas; la descripción de los monumentos erigidos en la capital y en Ciudad Guerrero; las circulares de la Secretaría de Gobierno sobre indulto á los presos correccionales el día del Centenario, y de la Dirección General de Instrucción Primaria, sobre las conferencias y participación de los educandos en las festividades; la Biografía de Juárez escrita por el profesor Alberto Vicarte, para ser leída en las escuelas, y la lista de los profesores que dieron conferencias.

Luego se suceden unos «Antecedentes Históricos,» sumamente interesantes; el discurso inaugural de la Junta Patriótica «Benito Juárez,» pronunciado por el Sr. Gober-

nador D. Enrique C. Creel, castizo y elegante como todos los suyos, y una breve reseña de la permanencia en Chihuahua del Presidente Juárez, é importante cooperación de su colaborador el General D. Luis Terrazas. Al final se inserta una nota del valor de las mejoras materiales que se iniciaron ó inauguraron en todo el Estado, el 21 de Marzo, las cuales ascendieron á la respetable suma de un millón quinientos cincuenta y dos mil ochocientos pesos.

El volumen, en sus trescientas páginas en 4.º, es positivamente interesante. El dirá—como de una manera tan justa expresa la Introducción— «á los que nos sucedan, la participación tomada por los chihuahuenses en esta manifestación colosal y sin precedente en los anales de nuestra querida México, y les revelarán el grado de civismo y de cultura que alcanzamos en este periodo de nuestra vida nacional, digno de figurar, de una manera culminante, en la historia de la civilización humana.»

El tomo segundo, según vemos en una nota, contendrá los programas de las festi-

vidades en otras poblaciones del Estado, todos los documentos relativos á la celebración del Centenario, y crónicas de las solemnidades con que aquella vasta porción de la República tributó sus homenajes al excelso Patricio.

* * *

Comienza á publicarse en Madrid una voluminosa revista trimestral, de cosa de 600 páginas, bajo el amplio título de *Cultura Española*.

Su texto se divide en las siguientes extensas secciones: de Historia, de Filología y literatura, de Arte, de Filosofía, y Sección varia.

Cada sección tiene un director y el conjunto de ellas forma un volumen de lo más interesante.

En la sección de Arte, encontramos un notable juicio de Cecilio de Roda, sobre la ópera de Berlioz, «La Condenación de Fausto,» recientemente estrenada en la capital de la Península Ibérica.

L. C.

Doctor Gildardo A. Serrano,

MÉDICO CIRUJANO Y PARTERO,

DE LA ESCUELA N. DE MEDICINA DE MEXICO.



HORAS DE CONSULTA:

DE 9 A 12 Y DE 3 A 6 P. M.



CALLE DE LA GARRAPATA NUMERO 8.

flotaban oriflamas rojas, llevando estas palabras en letras de oro: Federación Europea. Al pie de esos mástiles había anuncios extendidos en grandes cuadros ornados de emblemas pacíficos. Eran avisos relativos á fiestas populares, á prescripciones legales, á trabajos de interés público. Había también horarios de globos y un mapa de corrientes atmosféricas, formado el 28 de Junio del año 220 de la Federación de los pueblos. Todos estos textos estaban impresos en caracteres nuevos y en un lenguaje del que no comprendía todas las palabras. Mientras intentaba descifrarlos, las sombras de innumerable máquinas que atravesaban el aire, pasaban sobre mis ojos. Una vez más levanté la frente hacia aquel cielo inconocible, más poblado que la tierra, que hendían los timones y que azotaban las hélices, hacia donde subía del horizonte un círculo de humo, y miré el sol. Tuve gana de llorar al verlo. Era la única figura conocida que había encontrado desde la mañana. Por su altura juzgué que eran cerca de las 10 antes del mediodía. De súbito fui rodeado por una segunda tropa de hombres y mujeres, que tenía el continente y los vestidos de la primera. Me confirmé en la opinión de que las mujeres, á pesar de que las había muy gruesas y muy delgadas y también otras de que nada se podía decir, presentaban en su gran mayoría un aspecto de andróginas. La turba pasó. La plaza quedó súbitamente desierta, como nuestros barrios suburbanos, que sólo anima la salida de los talleres. Sólo ante los anuncios releí esta fecha: 28 de Junio del año 220 de la Federación Europea. ¿Qué era lo que aquello significaba? Una proclamación del Comité federal, con ocasión de la fiesta de la tierra, me suministró cabalmente datos útiles para la inteligencia de esta fecha. Decía: «Camaradas, ya sabéis cómo en el último año del Siglo XX, el viejo mundo se abismó en un cataclismo formidable y cómo, después de cincuenta años de anarquía, se organizó la federación de los pueblos de Europa...» El año 220 de la Federación de los pueblos era, pues, el año 2270 de la era cristiana, el hecho era cierto. Una cosa quedaba por ex-

plicar: Cómo yo me encontraba de golpe en el año 2270? Pensé caminando al azar.

—Yo no he sido, que sepa, conservado durante tantos años en estado de momia como el Coronel Fongas. No he sido conducido por la máquina con la cual el Señor N. G. Wells explora el tiempo. Y si fué durmiendo, al ejemplo de Willeam Morris, como he saltado tres siglos y medio, no puedo saberlo, puesto que soñando se ignora que se sueña. De muy buena fe yo creo que no duermo.

Mientras hacía esas reflexiones y otras que creo inútil relatar, seguía una larga calle bordeada de rejas, tras de las cuales sonreían, entre el follaje, casas color de rosa, de formas variadas, pero todas igualmente pequeñas. Veía perfectamente elevarse en la llanura vastos circos de acero, coronados de flamas y de humo. Un espanto se cernía sobre esas regiones sin nombre, y el aire, vibrando por el vuelo rápido de las máquinas, resonaba dolorosamente en mi cabeza. La calle conducía á una pradera sembrada de grupos de árboles y cortada por arroyos, donde las vacas pastaban. Mientras que mis ojos disfrutaban de esa frescura, creí ver delante de mí, sobre un camino liso y recto, sombras que corrían. El viento, cuando pasaban, me hirió el rostro. Me dí cuenta de que eran tranvías y ambos transparentes de velocidad.

Atravesé el camino por un puentecillo, y caminé largo tiempo por los prados y los bosques. Me creía en pleno campo, cuando descubrí un vasto frente de casas brillantes que limitaban el parque. Un friso esculpido y pintado, representaba un numeroso festín y se extendía por la fachada. Distinguí á través de las vidrieras hombres y mujeres sentados en una gran sala clara, alrededor de grandes mesas de mármol, cargadas de hermosas lozas pintadas. Entré pensando que era un restaurant. No tenía hambre, pero estaba cansado y la frescura de esa sala, ornada de guirnaldas de frutas, me parecía deliciosa. Un hombre que se mantenía en la puerta, me reclamó mi vale, y como me manifestara confundido:

—Veo, compañero, me dijo, que tú no eres de aquí. ¿Cómo viajas sin vales? Me apena mucho, pero no es posible recibirte. Ve á ver al delegado de contratas; ó si estás enfermo, dirígete al delegado de asistencia.

Declaré que no estaba enfermo en lo más mínimo y me alejé. Un hombre grueso, que en el mismo instante salía con un limpiadientes entre los labios, me dijo con amabilidad:

—Camarada, no tienes necesidad de dirigirte al delegado de contratas. Soy delegado á la panadería de la sección. Falta un camarada; ven conmigo y trabajarás en seguida.

Le di las gracias al compañerote, le aseguré mi buena voluntad, objetando, sin embargo, que yo no era panadero.

Me miró con alguna sorpresa y me dijo que bien se veía que era yo afecto á bromear.

Lo seguí. Nos detuvimos delante de una inmensa construcción de hierro, precedida de una puerta monumental, sobre el frontón de la cual, dos gigantes de bronce estaban de codos, el Sembrador y el Cosechador. Sus cuerpos expresaban la fuerza sin el esfuerzo. Sobre sus rostros brillaba una tranquila soberbia y llevaban alta la cabeza, muy diferentes en eso de los salvajes trabajadores del flamenco Constantin Mennier. Penetramos en una sala de más de cuarenta metros de altura, donde entre ligeras polvaredas blancas, las máquinas trabajaban con un ruido vasto y tranquilo. Bajo el domo metálico, los sacos se ofrecían por sí mismos al cuchillo que los destripaba; la harina que perdían caía en cubetas donde grandes manos de acero la amasaban y la pasta escurría dentro de moldes que, apenas llenos, corrían á cocerse sin ayuda en un horno vasto y profundo como un túnel. Cinco ó seis hombres á lo más, inmóviles en aquel movimiento, vigilaban el trabajo de las cosas.

—Es una vieja panadería, me dijo mi compañero. Produce apenas ochenta mil panes diarios, y sus máquinas muy débiles ocupan á mucha gente. Pero eso no importa; sube, camarada. No tuve tiempo de pedirle órde-

ner más explícitas. Un elevador me había llevado sobre una plataforma. Apenas había llegado, cuando una especie de ballena voladora vino á posarse cerca de mí y descargó sus sacos. Esa máquina no estaba tripulada por ningún ser vivo. Puse toda mi atención, y estoy seguro de que no había mecánico en esa máquina. Otras ballenas voladoras vinieron con otros sacos que descargaban y que uno tras otro se entregaban al cuchillo que los abría. Las hélices giraban, el gobernable funcionaba. No había nadie en el timón, nadie en la máquina. Oí á lo lejos el ligero ruido de un vuelo de avispa; después la cosa creció con una sorprendente rapidez. Parecía muy segura de sí misma, pero mi ignorancia de lo que habría que hacer si acaso se equivocara, me hacía estremecer. Muchas veces estuve á punto de pedir que me dejaran bajar. Una humana vergüenza me lo impidió, y permanecí en mi puesto. El sol bajaba en el horizonte, y eran ya las cinco próximamente, cuando me enviaron el elevador. La jornada había terminado. Recibí un bono de vívires y de alojamiento.

El grueso camarada me dijo:

—Debes tener hambre. Si quieres comer en la mesa pública, puedes hacerlo. Si quieres comer solo en tu cuarto, puedes hacerlo también. Si prefieres comer en mi casa con algunos camaradas, dilo en seguida. Y voy á telefonar al taller culinario para que envíen tu ración. Lo que te digo es para que estés á gusto, pues pareces desorientado. Sin duda vienes de lejos. No pareces muy garboso. Hoy has tenido un trabajo fácil; pero no creas que todos los días se gana aquí la vida con tanta comodidad. Si los rayos Z que gobiernan á los globos, hubieran funcionado mal, como á veces sucede, hubieras tenido más trabajo. ¿Cuál es tu oficio y de dónde vienes? Estas preguntas me pusieron en aprietos. No podía decirle la verdad. No podía decirle que era un burgués y que venía del Siglo XX. Me hubiera creído loco. Respondí de una manera vaga y turbada, que no tenía estado y que venía de lejos, de muy lejos.

Sonrió:

—Comprendo, respondió. No te atreves á confesarlo. Tú vienes de los Estados Unidos de Africa. No eres el único europeo que se nos haya escapado. Pero de esos desertores vuelven casi todos.

No respondí nada, y mi silencio le hizo creer que había adivinado. Me renovó su invitación á cenar y me preguntó cómo me llamaba. Le respondí que me llamaban Hipólito Dufresne. Pareció sorprendido de que tuviera yo dos nombres.

—Yo, dijo, me llamo Miguel.

Después, habiendo examinado con atención mi sombrero de paja, mi vestón, mis zapatos y todo mi vestido, sin duda un poco polvoso, pero de buen corte, pues al fin y al cabo no me visto en casa de un sastre portero de la calle de las Acacias.

—Hipólito, me dijo, ya veo de dónde vienes. Has vivido en las provincias negras. Ya no hay ahora más que los Zulús ó los Basutos que tejan tan mal el paño, que le den á un traje una forma á tal punto grotesca, para hacer tan feo calzado y para endurecer el lienzo con almidón. Sólo entre ellos has podido aprender á rasurarte la barba dejándote en el rostro bigotes y patillas. Ese uso de cortar los pelos de la cara, de manera que formen figuras y ornatos, es una última forma del tatuaje usado aún únicamente entre Basutos y Zulús. Esas provincias negras de los Estados Unidos de Africa están sumidas en una barbarie que se parece mucho al estado de Francia, hace tres ó cuatrocientos años.

Acepté la invitación de Miguel.

—Vivo muy cerca, en Sologne, me dijo. Mi aeroplano vuela bastante bien. Pronto estaremos allá.

Me hizo sentar bajo el vientre de un gran pájaro mecánico, y al punto atravesamos el aire con velocidad tal, que perdí la respiración. El aspecto del campo era bien diferente del que yo conocía. Todos los caminos estaban bordeados de casas; innumerables canales cruzaban sobre los campos sus líneas argentadas. Y como admirara:

—La tierra, me dijo Miguel, está bien puesta en valor, y la cultura es intensa,

como se dice desde que los mismos químicos son cultivadores. Muchos se han ingeniado y mucho se ha trabajado desde hace trescientos años. Es que para realizar el colectivismo, ha sido necesario hacer producir á la tierra cuatro y cinco veces más de lo que producía en las épocas de anarquía capitalista. Tú que has vivido entre los Zulús y los Basutos, sabes bien que entre ellos, los bienes necesarios á la vida son tan poco abundantes, que repartidos, igualmente entre todos, sería repartir la miseria y no la riqueza. La producción superabundante que hemos obtenido, la debemos, sobre todo, al progreso de las ciencias. La supresión casi total de las clases urbanas, fué también muy ventajosa para la agricultura. Las gentes de tienda y de oficina se repartieron, casi por igual, entre el taller y el campo.

—Cómo? exclamé, habéis suprimido las ciudades! Qué ha sido de París?

—Ya nadie lo habita, me respondió Miguel. La mayor parte de esas casas de cinco pisos, odiosos y malsanos, donde se alojaban los ciudadanos de la era antigua, han caído en ruinas y no han sido reedificadas. Se construía muy mal en el siglo XX de esa era desdichada. Hemos conservado construcciones más antiguas y mejores, y hemos hecho museos. Tenemos muchos museos y bibliotecas, allí es donde nos instruimos. Se han conservado también algunos restos del Hotel de Ville. Era una construcción frágil y fea, pero donde se cumplieron grandes cosas. No teniendo ya ni tribunales, ni comercio, ni ejércitos, ya no tenemos ciudades, propiamente hablando. No obstante, la población es mucho más densa sobre ciertos puntos que sobre otros, y á pesar de la rapidez de las comunicaciones, los centros metalúrgicos y mineros, están extremadamente poblados.

—Qué me dice Ud.? le pregunté. Han suprimido Uds. los tribunales? Han suprimido entonces los crímenes y los delitos?

—Los crímenes durarán tanto como la vieja y sombría humanidad. Pero el número de criminales ha disminuido con el nú-

mero de los desgraciados. Los arrabales de las grandes ciudades, eran el suelo que nutría al crimen; ya no tenemos grandes ciudades. El teléfono sin hilos hace los caminos seguros á toda hora. Todos estamos provistos de defensas eléctricas. En cuanto á los delitos, dependían menos de la perversidad de los prevenidos que de los escrúpulos de los jueces. Ahora que ya no tenemos legistas ni jueces, y que la justicia se administra por ciudadanos que ejercen por turno, muchos delitos han desaparecido, sin duda porque ya no se les reconoce como tales.

Así me hablaba Miguel, maniobrando su aeroplano. Doy cuenta del sentido de sus palabras tan exactamente como me es posible. Deploro no poder, por falta de memoria y, también por temor de no hacerme comprender, reproducir todas las expresiones, y sobre todo, el movimiento mismo de su lenguaje. El panadero y sus contemporáneos hablaban una lengua que me sorprendió de pronto por la novedad del vocabulario y de la sintáxis, y, sobre todo, por su carácter abreviativo y rápido.

Miguel abordó la terraza de una casa módica muy agradable.

—Hemos llegado, me dijo, aquí es donde vivo. Cenarás con compañeros que, como yo, se ocupan de estadística.

—Cómo? es Ud. estadístico. Creía que era Ud. panadero.

—Soy panadero durante seis horas. Es la duración de la jornada, tal como se fijó hace cerca de un siglo por el Comité Federal. El resto del tiempo hago estadística. Es la ciencia que ha reemplazado á la historia. Los antiguos historiadores contaban las acciones brillantes de mi pequeño número de hombres. Los nuestros registran todo lo que se produce y todo lo que se consume.

Después de haberme hecho pasar á un gabinete de hidroterapia, establecido sobre las azoteas, Miguel me hizo bajar al comedor alumbrado con luz eléctrica, todo blanco y ornado solamente por un friso esculpido de fresas en flor. La mesa de loza colorida estaba cubierta con una vajilla de re-

flejos metálicos. Tres personas estaban que Miguel nombró:

—Morin, Perceval, Cherón.

Esas tres personas estaban análogamente vestidas con una cota cruda, pantalón de terciopelo y medias grises. Morin llevaba una larga barba blanca. Cherón y Perceval tenían el rostro blanco. Sus cabellos cortos, y más aún la franqueza de su mirada, les daban aspecto de muchachos. Pero yo no dudé que fueran mujeres. Perceval me pareció bastante bella, aunque no fuera muy joven. Encontré á Cherón deveras encantadora. Miguel me presentó.

—Traigo á Uds. al camarada Hipólito, llamado también Dufresne, que ha vivido entre los meztizos en las provincias negras de los Estados Unidos de África. No ha podido comer á las once y, por lo tanto, debe tener hambre.

Tenia hambre. Me sirvieron pequeños trozos cortados en dados, que no eran malos, pero cuyo sabor no reconocí. Había sobre la mesa toda especie de quesos. Morin me sirvió una cerveza ligera y me advirtió que podía beber á mi antojo, pues no contenía alcohol.

—En buena hora, dije. Veo que se ocupan Uds. de los peligros del alcohol.

—Ya no existen, me respondió Morin.—Se ha logrado suprimir el alcoholismo antes de finalizar la era pasada.—Sin eso hubiera sido imposible establecer el nuevo régimen. Un proletariado alcohólico es incapaz de emanciparse.

—No han perfeccionado Uds. también la alimentación? pregunté, saboreando un trozo extrañamente recortado.

—Camarada, respondió Perceval, quieres hablar, sin duda, de la alimentación química.—No ha hecho aún grandes progresos. En vano hemos delegado nuestros químicos á las cocinas....Sus píldoras no valen nada. Con la diferencia de que sabemos dosificar convenientemente los alimentos calóricos y los alimentos nutritivos, comemos casi tan groseramente como los hombres de la pasada era y lo hacemos con tanto gusto como ellos.

—Nuestros sabios, dijo Miguel, ensayan instituir una alimentación racional.

—Eso es niñería, replicó la joven Cherón.—Nada de bueno se hará hasta que no se suprima el intestino grueso, órgano inútil y perjudicial, foco de infección microbiana....Se llegará.

—Cómo? pregunté.

—Pues simplemente por oblación. Y esta supresión obtenida al principio quirúrgicamente sobre un número suficiente de individuos, tenderá á establecerse por la herencia y será más tarde adquirida por la raza entera.

Esas gentes me trataban con humanidad, me hablaban con comedimiento. Pero yo no entraba fácilmente en sus costumbres ni en sus ideas y echaban de ver que no les interesaba en manera alguna y que profesaban por mis maneras de pensar una completa indiferencia. Mientras más política usaba con ellos, menos ganaba su simpatía. Cuando dirigí á Cherón algunos cumplimientos bastante discretos y sinceros, ella ni siquiera me miró.

Después de la comida, volteándome hacia Morin, que me parecía dulce é inteligente, le dije con una sinceridad que me conmovió á mí mismo:

—Señor Morin, yo no sé nada y sufro cruelmente por no saberlo. Se lo repito á Ud., vengo de lejos, de muy lejos. Dígame Ud., se lo ruego, cómo fué instituida la federación europea y deme Ud. una idea del orden social actual.

El viejo Morin respondió:

—Es la historia de tres siglos lo que me pides. Tendríamos para meses y semanas. Y hay muchas cosas que no podría hacerte saber, por que las ignoro yo mismo.

Le supliqué que me diera al menos una idea sumaria como á los niños de las escuelas.

Entonces Morin se reclinó en su sillón y dijo: Para saber cómo se constituyó la sociedad actual, hay que remontarse muy atrás en el pasado.

«La obra capital del siglo XX, de la era pasada, fué la extinción de la guerra.

El Congreso arbitral de la Haya, instituido en plena barbarie, no contribuyó en nada al mantenimiento de la paz. Pero otra institución más eficaz fué creada en esa época. En los parlamentos de los diversos Estados se formaron grupos de diputados que entraron en relación unos con otros y tomaron la costumbre de deliberar en común sobre las cuestiones internacionales. Expresando la voluntad pacífica de una multitud creciente de electores, sus resoluciones tenían una gran autoridad y daban que reflexionar á los gobiernos, de los cuales los más absolutos, si se exceptúa á Rusia, habían aprendido desde esa época á contar con el sentimiento popular. Lo que nos sorprende ahora, es que nadie reconoció entonces en esas reuniones de diputados, llegados de todos los países, el primer ensayo de un parlamento internacional.

Por lo demás, el partido de la violencia era aún poderoso en los imperios y aun en la República Francesa. Y si el peligro de las guerras dinásticas y de esas guerras diplomáticas decididas alrededor de una mesa verde para mantener lo que se llama el equilibrio europeo, estaba conjurado para siempre, se podía aún en el mal estado industrial en que se encontraba Europa, temer que el conflicto de los intereses comerciales produjese alguna terrible conflagración.

El proletariado, insuficientemente organizado y no teniendo aún conciencia de su fuerza, no impidió las luchas á mano armada entre las naciones; pero disminuyó la frecuencia y la duración.

Las últimas guerras tuvieron por causa esa locura furiosa del viejo mundo que se llamaba la política colonial. Ingleses, Rusos, Alemanes, Franceses y Americanos se disputaban obstinadamente, en Asia y en África, zonas de influencia como decían, donde pudieran establecer con los indígenas, sobre el saqueo y el asesinato, relaciones económicas. Destruyeron en África y en Asia todo lo que era posible destruir. Después sucedió lo que debía suceder. Guardaron colonias pobres que les costa-

ban caro y perdieron las colonias prósperas. Sin contar que en Asia, un pequeño pueblo heroico instruido por Europa, supo hacerse respetable á Europa. Fué un gran servicio que en tiempos bárbaros hizo el Japón á la humanidad.

Cuando este período abominable de la colonización tuvo fin, no se hizo más la guerra; pero los Estados sostenían aún ejércitos.

Dicho eso voy á exponerte, según deseas, los orígenes de la sociedad actual. Ha salido de la sociedad precedente. En la vida moral, como en la vida individual, las formas se engendran unas á otras. La sociedad capitalista produjo naturalmente la sociedad colectivista. Al principio del siglo XIX de la pasada era, se operó en la industria una evolución memorable. A la escasa producción de los pequeños artesanos, propietarios de sus útiles, se substituyó la gran producción accionada por un nuevo agente de una potencia maravillosa: el capital. Fué ese un gran progreso social.

—Qué es lo que fué un gran progreso social? le pregunté.

—El régimen capitalista, me respondió Morin. Trajo á la humanidad una fuente incalculable de riqueza. Uniendo á los obreros por grandes masas, multiplicando su número, creó al proletariado. Haciendo de los trabajadores un inmenso Estado dentro del Estado, preparó su emancipación y los proveyó de medios para conquistar el poder.

Sin embargo, ese régimen, que debía producir en el porvenir tan dichosos efectos, era justamente execrado por los trabajadores, entre los cuales hizo innumerables víctimas.

No hay un bien social que no haya costado sangre y lágrimas. Por lo demás, ese régimen, que habría enriquecido á toda la tierra, estuvo á punto de arruinarla. Después de haber aumentado grandemente la producción, se encontró incapaz de reglamentarla, y luchó desesperadamente entre incalculables dificultades.

Tú no ignoras enteramente, camarada,

los trastornos económicos que llenaron al Siglo XX. Durante los cien últimos años de la dominación capitalista, el desorden de la producción y el delirio de la competencia, acumularon los desastres. Los capitalistas y los patronos intentaron vanamente, por agrupaciones gigantescas, arreglar la producción y acabar con la competencia. Sus empresas mal concebidas se abismaron entre inmensas catástrofes. Durante ese período de anarquía, la lucha de las clases fué ciega y terrible. El proletariado, abrumado tanto por sus victorias, como por sus derrotas, aplastado por los escombros del edificio que derrumbaba sobre su cabeza, desgarrado por espantosas luchas intestinas, rechazando con ciega violencia sus mejores jefes y sus amigos más seguros, combatía sin orden en las tinieblas. No obstante, ganaba sin cesar alguna ventaja: aumento de salarios, disminución de horas de trabajo, creciente libertad de organización y de propaganda, conquista de los poderes públicos, progresos en la opinión asombrada. Se le creía perdido por sus divisiones y sus errores. Pero todos los grandes partidos están divididos, y todos cometen faltas. El proletariado tenía á su favor la fuerza de las cosas. Alcanzó hacia fines del siglo ese período de bienestar, que permite llegar á más. Camarada, es necesario que un partido sea ya fuerte para hacer una revolución en provecho suyo. Al fin del siglo XX de la era pasada, la situación general se había hecho muy favorable á los desarrollos del socialismo. Reducidos de más en más en el curso del siglo, los ejércitos permanentes fueron abolidos después de una resistencia desesperada de los poderes públicos y de la burguesía poseedora, por las Cámaras salidas del sufragio universal, bajo la ardiente presión del pueblo, de las ciudades y de los campos. Desde hacía mucho tiempo ya, los jefes de Estado guardaban sus ejércitos, menos en vista de una guerra que no temían ó no esperaban, que para contener en el interior á la multitud de los proletarios. Por fin cedieron. Los ejércitos regulares fueron reemplazados por milicias embebidas en

ideas socialistas. No sin razón habían resistido. No estando ya defendidas por cañones y fusiles, las monarquías cayeron unas tras de otras, y en su lugar se estableció el gobierno republicano. Solas, la Inglaterra, que anticipadamente había establecido un régimen que los obreros encontraban soportable, y la Rusia que permanecía imperial y teocrática, se quedaron fuera de ese gran movimiento. Se temía que el Zar, abrigando por la Europa republicana los sentimientos la Revolución Francesa, había inspirado á la gran Catarina, se levantara en armas para combatirla. Pero su gobierno había caído en ese grado de debilidad y de imbecilidad, que sólo una monarquía puede alcanzar. El proletariado ruso, unido á los intelectuales, se levantó, y después de una sucesión espantosa de atentados y de asesinatos, el poder pasó á los revolucionarios, que establecieron el régimen representativo. La telegrafía y la telefonía sin hilos estaban entonces en uso de una á otra extremidad de Europa, y eran de un empleo tan fácil, que el hombre más pobre podía hablar, cuando y como quisiera, á otro hombre colocado en cualquier punto del globo. Llovían en Mowcow palabras colectivistas. Los campesinos rusos oían en su cama los discursos de los camaradas de Marsella y Berlín. Al mismo tiempo la dirección aproximativa de los globos, y la dirección precisa de las máquinas de volar, entraron en la práctica. Fué la supresión de las fronteras. Hora crítica entre todas! El instinto patriótico se reveló á los corazones de los pueblos tan cerca de unirse y de fundirse en una vasta humanidad. En todos los países, al mismo tiempo, la fe nacionalista reanimada arrojó resplandores. Como no había ya ni reyes, ni ejércitos, ni aristocracias, ese gran movimiento tomó un carácter tumultuoso y popular. La República francesa, la República alemana, la República húngara, la República Rumana, la República italiana, la suiza y aun la belga, expresaron cada una, por un voto unánime de su parlamento y en inmensas asambleas, la resolución solemne de defender, contra toda agresión extranjera,

el territorio y la industria nacional. Se promulgaron leyes enérgicas, reprimiendo el contrabando de las máquinas para volar, y reglamentando con severidad el uso del telégrafo sin hilos. Por todas partes las milicias fueron reorganizadas, llevadas al antiguo tipo de los ejércitos permanentes. Viéronse reaparecer los viejos uniformes, las botas, los dormanes, las plumas de los generales. En París, los gorros de pelo fueron aplaudidos. Todos los tenderos y parte de los obreros adoptaron la escarapela tricolor. En todos los centros metalúrgicos se fundían cañones y placas de blindaje. Se esperaban terribles guerras. Ese impulso furioso se prolongó tres años, sin choque; luego disminuyó insensiblemente. Las milicias volvieron á tomar poco á poco aspecto y sentimientos burgueses. La unión de los pueblos, que parecía retrogradada en una lejanía fabulosa, estaba próxima. Las energías pacíficas se desarrollaban de día en día; los colectivistas hacían poco á poco la conquista de la sociedad. Y llegó el día en que los capitalistas, vencidos, les abandonaron el poder.

—Qué cambio, exclamé. No hay ejemplo en la historia de una revolución semejante.

—Ya comprenderás, camarada, prosiguió Morin, que el colectivismo no llegó sino á su hora precisa. Los socialistas no habrían podido suprimir el capital y la propiedad individual, si esas dos formas de la riqueza no hubieran estado ya casi destruidas de hecho por el esfuerzo del proletariado, y más aún por los desarrollos nuevos de la ciencia y de la industria.

Se había creído mucho que Alemania sería el primer Estado colectivista; el partido obrero estaba organizado hacia cerca de cien años, y por doquiera se decía: «El socialismo es cosa alemana.» La Francia, menos bien preparada, se le adelantó, sin embargo. La revolución social se hizo primero en Lyon, en Lille y en Marsella, al canto de *La Internacional*. París resistió quince días, y enarboló al cabo la bandera roja. Hasta el día siguiente fué cuando Berlín proclamaba el estado colectivista. El triun-

fo del socialismo tuvo por consecuencia la reunión de los pueblos.

Los delegados de todas las Repúblicas europeas, residiendo en Bruselas, proclamaron la constitución de los Estados Unidos de Europa.

Inglaterra se rehusó á formar parte, pero declarándose aliada.

Aunque socialista, había conservado su rey, sus lores y hasta las pelucas de sus jueces. El socialismo dominaba entonces en Oceanía, en China, en el Japón y en una parte de la vasta República rusa. El Africa negra, que había entrado en la faz capitalista, formaba una confederación poco homogénea. La Unión Americana había renunciado recientemente al militarismo mercantil. El estado del mundo era, pues, favorable á los libres desarrollos de los Estados Unidos de Europa. Sin embargo, esta unión, acogida por un delirio de alegría, fué seguida por un medio siglo de trastornos económicos y de miserias sociales.

Ya no había ejércitos y casi tampoco milicias, y no estando comprimidos los movimientos populares, estallaban sin violencia. Pero la inexperiencia ó la mala voluntad de los gobiernos locales, mantenía un ruinoso desorden.

Cincuenta años después de la constitución de los Estados, los descontentos eran tan crueles, las dificultades parecían hasta tal punto insuperables, que los más optimistas espíritus comenzaban á desesperar. Sordos crugidos anunciaban por doquiera la ruptura de la Unión. Fué entonces cuando la dictadura de un comité, compuesto de catorce obreros, puso fin á la anarquía, y organizó la Federación de los pueblos europeos, tal como existe ahora.

Unos dicen que los Catorce desplegaron un genio adivinador y una energía terrible; otros pretenden que eran gentes mediocres, aterrificados y destrozados ellos mismos por la necesidad, y que presidieron, como á su pesar, á la organización espontánea de las nuevas fuerzas sociales. Por lo menos, es cierto que no marcharon contra el curso de las cosas. La organización que establecie-

ron ó vieron establecer, subsiste aún casi totalmente. La producción y el consumo de bienes se operan hoy, poco más ó menos, como entonces fueron reglamentados.

Justamente se ha hecho partir de ellos la nueva era.

Morin me expuso en seguida, muy sumariamente, los principios de la sociedad moderna.

—Reposa, dijo, sobre la total supresión de la propiedad individual.

—Y eso, le dije, no les es á ustedes intolerable?

—Por qué, Hipólito, habría de sernos intolerable? En otros tiempos, en Europa, el Estado percibía el impuesto. Disponía de recursos que le eran propios. Ahora es igualmente justo decir que posee todo, y que nada posee. Más justo aún es decir, que somos nosotros quienes todo poseemos, puesto que el Estado no es distinto de nosotros, y no es sino la expresión de la colectividad.

—Pero, pregunté yo, no tienen ustedes nada propio, nada; ni aun estos platos en los cuales comemos, ni el lecho, ni las sábanas, ni los vestidos?

A tal pregunta, Morin sonrió.

—Eres todavía más simple de lo que yo creía, Hipólito. Cómo? Te imaginas que no tenemos la propiedad de nuestros muebles? Qué idea te formas, pues, de nuestros gustos, de nuestros instintos, de nuestras necesidades y género de vida? Nos tomas acaso por monjes, como se decía antes, por gentes desprovistas de todo carácter individual é incapaces de dar un sello personal á los que nos rodea? Te equivocas, amigo, te equivocas; poseemos en propiedad los objetos destinados á nuestro uso y á nuestro placer, y les tenemos más cariño que los burgueses de la era pasada á sus bibelots, pues tenemos el gusto más agudo y un sentimiento más vivo de las formas. Todos nuestros camaradas, un poco refinados, poseen objetos de arte y los estiman grandemente. Cherón tiene en su casa cuadros que hacen su alegría, y no sería de su agrado que el Comité federal le discutiera su posesión. Yo guardo allí, en aquel armario, di-